

JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS

**Desde mi
Columna**

Volumen 3



JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS

Desde mi
Columna

Volumen 3

Desde mi Columna, tomo 3
José Consuegra Higgins

Portada
Acuarela
arquitecto Ignacio Consuegra Bolívar

Ediciones
Universidad Simón Bolívar

ISBN 958-97499-2-5

Septiembre, 2006

Impresores
Artes Gráficas Industriales Ltda.
Calle 58 70-30
editorial_mejoras@yahoo.com

Printed and made in Colombia

Prólogo

*José Consuegra Higgins,
maestro del periodismo*

*Por Jorge Emilio Sierra Montoya
Director diario La República*

Al leer —o releer— este libro, no puede menos que sentirse nostalgia, la misma que brota de cada una de sus páginas, sobre todo cuando el Maestro José Consuegra Higgins se remonta de nuevo a sus años de infancia, a su paradisíaco pueblo natal de Isabel López, a las vivencias de antaño, a los tantos amigos que se fueron y aún siguen presentes en su memoria imborrable, inmortalizados en cierta forma a través de la palabra escrita.

Pero, no es esa nostalgia la que ahora quiero destacar. No. La que sentí esta vez, acaso por mi condición de periodista de vieja data, es precisamente por el periodismo de antes, de hace apenas varias décadas, cuando era obra sobre todo de

auténticos escritores, de destacados intelectuales, de verdaderos humanistas, quienes por derecho propio ocupaban puesto de privilegio en la sociedad de su época.

Porque aquí, en el tercer volumen de Desde mi columna, aparecen representados, en forma ejemplar, aquellos periodistas, artistas del lenguaje, conocedores de los secretos de las palabras, máximos exponentes de un estilo depurado, castizo, que conmueve al lector, aún el de menor nivel educativo, por la claridad, la sencillez, la agilidad y, en general, lo agradable que resulta pasearse por estos artículos de prensa, inicialmente publicados cada semana en los periódicos El Heraldo de Barranquilla y La República de Bogotá.

“El periodismo –dice Consuegra, con la autoridad moral de haberlo ejercido desde su temprana juventud– exige entrega y compromiso creador”. Y agrega, con frases dignas de enmarcarse: “Su responsabilidad ante la sociedad es múltiple. Además de comunicar a los lectores la veracidad de lo acontecido, cumple el delicado papel de severo guardián de las buenas costumbres, la moral y el acatamiento a las normas morales”.

Por último, sentencia con sabiduría: “Cuando el periodismo responde a sus preceptos de cordura, temperancia y seriedad, merece cabalmente la consideración que se le asigna de cuarto poder”.

¿Cómo no sentir nostalgia frente a un periodismo de tales

dimensiones, pilar insustituible de la democracia por encarnar la libertad de expresión con la máxima responsabilidad social y los más hondos valores éticos, profesionales e intelectuales?

¿Cómo no sentir nostalgia?

Poeta y humanista

Es un maestro del lenguaje, repito. Los distintos comentarios son, sí, pequeñas piezas literarias, a veces como de prosa poética, sobre todo cuando el autor da rienda suelta a su temperamento romántico, a su amor por la naturaleza, a su profunda sensibilidad a flor de piel, que se estremece con la lluvia que cae, con el canto matutino de algún pájaro o con los árboles que danzan tras el paso invisible, sin dejar huellas, de la cálida brisa marina.

Aquí habla el poeta, claro está. O el escritor, situado en un plano superior al del periodista. Y habla el intelectual, erudito si se quiere, que se pasea a sus anchas entre los supremos representantes de la cultura universal (Goethe, Locke, Gerdá, Kierkegaard, Hobbes...), cuyas citas siempre le caen como anillo al dedo, lejos de exhibir la mínima pedantería, propia de nuestros círculos académicos.

Habla el humanista, mejor dicho. El hombre en el pleno sentido de la expresión, consciente de su dignidad personal –a imagen y semejanza de Dios, según decimos los cris-

tianos—, dignidad que es la de cada persona, por humilde o modesta que sea. De ahí su solidaridad con los más pobres, reflejo a su vez del socialismo democrático al que el Maestro Consuegra ha sido fiel a través de su ya larga existencia.

Habla, en fin, el ser bueno, virtuoso (de acuerdo con los ideales griegos, valga recordarlo) y por tanto ceñido al cumplimiento cabal de las normas morales, del espíritu cívico que también prolonga sus raíces hasta los más connotados autores clásicos, y, en definitiva, del amor que nace en lo profundo del alma, donde se revela lo mejor del ser humano.

No es de extrañar, entonces, que en muchos de los siguientes artículos aparezcan, por enésima vez, el amor a su familia (a doña Anita, en primer lugar) y a Barranquilla, la alegría infinita de compartir con sus amigos y desgarrarse por el dolor ante su despedida definitiva, la generosidad para quienes lo rodean, y la nostalgia, la eterna nostalgia, por los caminos polvorientos de Isabel López, su paso por tantas universidades nacionales y extranjeras, su actividad política a la sombra de Gaitán, el periodismo desde sus años mozos...

No traga entero, además. Al contrario, su humanismo visceral le permite confrontar la sociedad en marcha, sea por el férreo centralismo que se niega a desaparecer a pesar de los nuevos mandatos constitucionales sobre la descentralización, sea por la dependencia cultural que hoy se manifiesta en la adopción de modernas tecnologías (desde Internet hasta los teléfonos celulares), sea por las costumbres en boga, lamentables a todas luces.

No faltan, pues, los regaños del Maestro Consuegra, ya no verbalmente sino por escrito, perpetuados a través de la palabra impresa. Ahora son los miles de lectores sus indefensas víctimas, como lo hemos sido de tiempo atrás sus familiares y amigos.

El cambio de época

¿Cómo no sentir nostalgia por ese tipo de periodismo, reemplazado en los últimos años por el lenguaje prosaico, fruto del bajo nivel cultural de los comunicadores, entre quienes son pocas, muy pocas, las excepciones?

A decir verdad, la prensa escrita de entonces, ceñida a los valores éticos y estéticos a que acabamos de aludir, ha ido cediendo el paso al sensacionalismo ramplón, a la trivialidad absoluta, a lo que alguien llamó "la farandulización" de los medios informativos en su conjunto (prensa, radio y televisión), en perjuicio de nuestra sociedad, por no cumplir la elevada misión educativa que le corresponde por principio.

Ni siquiera el periodismo de opinión, en el cual se inscriben los artículos del presente volumen, es ajeno al deterioro en cuestión: el debate ideológico, de fondo, desapareció del comentario político; las notas de humor son de pésimo gusto, sin la fina ironía que les da la dignidad debida; las menciones literarias nunca aparecen, naturalmente por simple ignorancia, y hasta los suplementos culturales, doblegados por

los modernos criterios del marketing, pasan cada vez más a mejor vida.

En definitiva, las bellas manifestaciones de Consuegra Higgins, mencionadas arriba, no tienen lugar en las circunstancias actuales, ni mucho menos –de seguir como vamos– lo tendrán en el futuro.

Es posible, sin duda, que el periodismo se haya fortalecido como el cuarto poder, hasta convertirse a veces en el primero (estamos en la era de la información, como se sabe), pero no parece responder “a sus preceptos de cordura, temperancia y seriedad”, ni es siquiera “el severo guardián de las buenas costumbres”, según lo confirmamos a diario en la pantalla chica, en las revistas y periódicos, con honrosas excepciones.

¿Cómo no sentir nostalgia, apreciados lectores? ¿Y cómo no apreciar y disfrutar con gusto, con enorme placer, las siguientes páginas, escritas por un maestro del periodismo, quien por fortuna es indiferente a la total decadencia que nos agobia, de la cual no se logró salvar “el oficio más bello del mundo”?

¿Cómo no sentir nostalgia?

Contenido

Prólogo	v
RECUERDOS	
El Centralismo, ayer y hoy	3
El adiós a un amigo	7
Recuerdo y nostalgias	12
La belleza de la lluvia	15
Recuerdos de fútbol	18
Recuerdos de Gaitán	22
Las elecciones de ayer y hoy	26
Discípulos y política	30
El mundo de Miami	34
LIBROS	
Prólogo	41
Posgrados y libros	46
Los proyectos educativos	51
Los poetas, la vida y el amor	55

Nuevos libros y revistas	59
La Urbanidad en nuestros días	63
La juventud y el libro	67
Sobre Derecho Laboral	71
Sorpresas contradictorias	75
Usiacurí y sus aguas medicinales	79
El libro vive. ¡Viva el libro!	83

ECONOMÍA

El pensamiento costeño	89
Los problemas económicos	93

AMÉRICA LATINA

Más sobre sorpresas contradictorias	99
Sobre televisión	103
¡Gracias, Cartagena!	107
Cuba, el Papa y Fidel	111

ACADEMIA

Presentación	117
Bucaramanga, la bella e histórica	121
El ejemplo de la juventud	125
IAFIC y Cartagena	129
El compromiso con la educación	133
Volver a Venezuela	137

COSTUMBRES Y TRADICIONES

Barranquilla, ayer y hoy	143
Ciudades, paisajes y poesía	147
Cementerio humano y de árboles	151
Del mango a la manzana	155
Universidades, hoteles y Centralismo	159
Los problemas de Barranquilla	163
Sobre el idioma y el habla	167
Sobre la envidia y la ingratitud	171
Sobre los profesores y la belleza	175
La Semana Santa del ayer	179
Celulares, computadores y subdesarrollo	182
La cantaleta del Centralismo	186

CULTURA

Las Acuarelas de Ignacio Consuegra	193
Cartagena, la bella	196
Sobre civismo y ruido	200
Carnaval, ¡bendito seas!	203

SIMÓN BOLÍVAR Y LOS LIBERTADORES

El Periodismo en la Independencia	209
Simón Bolívar, periodista	213

Recuerdos

El Centralismo, ayer y hoy

Muchos han sido los comentarios que he escuchado de amigos que leyeron el artículo anterior sobre ciertos sucesos en la Barranquilla de ayer y hoy.

En la cita que hice del libro *La ciudad de Barranquilla en 1896*, de Eusebio Grau, se informa de tres acontecimientos: El relacionado con las contribuciones que recibía el Gobierno Nacional por concepto de los impuestos de Aduana, la pulcritud y honestidad de los funcionarios que manejaban dicha entidad, y la respuesta negativa de las autoridades centrales a los justos derechos de la ciudad.

Porque la Aduana de Barranquilla aportaba la mayor renta al presupuesto de la Nación. Sin embargo, desde hacía veinte años venía operando en oficinas destartaladas que antes habían servido de bodegas al Ferrocarril de Bolívar.

Textualmente dice el autor: “Es verdaderamente penoso observar que todo extranjero o colombiano que llega al país, y que forzosamente tiene que acudir a la Aduana a presenciar el examen y despacho de su equipaje, se imponga de lo desgrefñado del local, en donde se carece de las cosas más precisas, hasta de una pieza siquiera medianamente decente para el administrador, lo cual es de apremiante necesidad para que corresponda a la importancia del empleo y a la calidad de las personas que tienen que entenderse con este alto empleado nacional”.

Cincuenta años después, cuando tuve necesidad de viajar a la capital de la República a adelantar estudios profesionales, porque entonces carecíamos acá de Casas de Estudios Superiores, comprobé que Barranquilla, con su actividad económica industrial, comercial y de transporte, continuaba tributando con alta participación a las arcas presupuestales manejadas desde el centro.

En verdad que el centralismo colombiano nunca ha permitido una retribución para Barranquilla, ni mucho menos un equitativo reparto de los ingresos nacionales en la región costeña.

Puede afirmarse que Barranquilla fue y sigue siendo fruto de su voluntad. De manera muy correcta y vale-

rosa Eusebio Grau lo observaba hace un siglo desde Bogotá: "El progreso material de esta ciudad, afirma, se debe al esfuerzo particular, al patriotismo y verdadero afecto que tienen todos los habitantes de esa ciudad al lugar de su residencia, sin distinción de opiniones políticas ni de ideas religiosas".

Pero, el periodista y visitante Grau, también se queja, de la respuesta inadecuada de las autoridades municipales a las exigencias de la urbe. Y dice, después de suplicarle a los honorables miembros del Concejo Municipal, disimulen sus críticas: "Con excepción de una parte de los jardines de la plaza llamada de San Nicolás, de la estacada hecha en el caño, cerca de la Plaza del Mercado, y del pago de una parte del escaso alumbrado público, el Gobierno Municipal muy poco ha propendido, como fuera de desearse, al embellecimiento y mejora de la ciudad. Incalculable sería para Barranquilla, si las autoridades correspondientes se ocuparan con el debido entusiasmo en arreglar convenientemente las calles y sardineles".

Después de leer esas opiniones del ayer, salgo con doña Anita a mostrarle a Jorge Greco, el amigo argentino que ha regresado a su querida Barranquilla, en lo que quedó el Paseo de Bolívar, la Plaza de San Nicolás y el perímetro del centro, con sus centenares o miles de tenderetes.

Pero, es mejor seguir, considero, ofreciendo algunos datos de hace ciento dos años: Entonces se contaba con los templos de San Nicolás, San Roque, Rosario y San José; un magnífico y espacioso hospital; un local apropiado para asilo de huérfanas; tres cementerios (el católico, el protestante y el hebreo), todos ellos en el mismo lugar y apenas separados por una reja; siete colegios para varones, y ocho para mujeres; los hoteles eran seis; las imprentas cinco, y los periódicos cuatro: *El Promotor*, *La Nación*, *El Diario Comercial* y *The Shipping List*.

Nota: Algunos amigos del profesor cubano, doctor Ramón Pérez, han querido interpretar de manera distinta el uso que hice de la palabra anticastrista. En verdad, lo único que quise decir, y esto en los predios del humor, es que el ilustre catedrático, alegre y conversador, lo que veía le recordaba su querida Habana, donde según el, todo es igual o mejor.

El adiós a un amigo

Alguna vez, leí: La vida es dura como la naturaleza. Ambas engendran la alegría y el dolor.

El pasado martes fue un muestrario elocuente de ese razonar. A las seis de la tarde regresé a la casa después de haber compartido un día de complacencia con los directivos de la Universidad Simón Bolívar. Allí se escucharon estimulantes informes que exhalaban gratitud en este mundo de indiferencias y conocimientos. Los doctores Leonello Marthe Zapata y Aquiles Escalante con la autoridad que les avala su eterno compromiso con la investigación y la lectura en emocionadas palabras se refirieron a la obra del Alma Mater, en el campo de los libros, al mantener bibliotecas y hemerotecas ejemplares.

Gracias al canje que se adelanta con las universidades del mundo a través de *Desarrollo Indoamericano*, observaba al maestro Escalante, en las adecuadas instalaciones de nuestra hemeroteca, bien seleccionadas y en

cajetas especiales, con los inventarios de sus contenidos, se agrupan las publicaciones periódicas más importantes de otras universidades y de centros de investigación. A su vez el doctor Marthe, visitante asiduo de la biblioteca de Humanidades, la aprecia como un auténtico museo, con centenares de incunables, cuidados en vitrinas especiales, al lado de miles de clásicos de la historia, la literatura y el arte, testimonios del esfuerzo de sus compiladores. Hasta hace poco el historiador y erudito Carlos Pardey atendía a los usuarios, y pronto estará cumpliendo esas funciones otro intelectual.

Todavía no contamos con los instrumentos tecnológicos, tan de moda en estos tiempos, pero allí están los libros y revistas a disposición de profesores y estudiantes; exclamaban con orgullo Bolivariano, los doctores Marthe y Escalante.

Bueno, mientras acariciaba el recuerdo grato, escuché en el noticiero Teleheraldo la dolorosa noticia de la muerte de Elías Muvdi, el filólogo y académico y orgullo de Barranquilla y de Colombia.

A la Iglesia de la Inmaculada Concepción llegué al día siguiente con doña Anita e hijos. Allí, en palabra saturada de aflicción, recordé un largo historial de relaciones amistosas y de admiraciones.

En la infancia el nombre de don Elías Muvdi, padre, era mencionado en mi pueblo como ejemplo del trabajo creador. Al inmigrante oriental del ayer, el laborar sin descanso lo había convertido en empresario afortunado. Después tuve el honor de contarle entre las generosas personalidades que apadrinaron mi matrimonio. Precisamente el rito tuvo lugar hace cuarenta y tres años en esa iglesia de la Virgen Inmaculada, también patrona de mi Isabel López.

Con Julio Muvdi compartí inquietudes planificadoras en 1957. Bajo la dirección general de Cristian Ujueta, elaboramos un plan sobre urbanismo y crecimiento económico. Era lo primero que se hacía en el país, y por eso sus lineamientos sirvieron de ejemplo a otras ciudades.

Más tarde inicié, lo que bien podría llamarse, una amistad intelectual, con el consagrado catedrático. Su libro *Apuntes de Lenguaje*, y su columna semanal en *El Herald* me servían de guía en mi afán de búsqueda del buen decir y escribir.

En la Universidad Simón Bolívar la obra y vida intelectual de Elías Muvdi Abufhele fueron y seguirán siendo apreciadas. Como un tributo a su quehacer productivo se le otorgó el título de Doctor Honoris Causa.

Y en todos los actos académicos, especialmente en los de presentación de libros presidía, al lado de Meira Delmar, Juan Pablo Llinás, Luis Felipe Palencia, Rafael Ortegón Páez, Esteban Páez Polo, Ricardo Barrios Zuluaga, Antonio Cagua Prada, Isidro Parra Peña, Florentino Rico, Julián Sabogal, Judith Porto de González, otros escritores y los directivos Bolivarianos, las ceremonias en la Casa de la Cultura. La última vez que contamos con su honrosa presencia fue el 4 de septiembre, un mes antes de su partida. Esa noche, después de los discursos y la entrega de libros, permaneció en el lugar escuchando a los jóvenes artistas y a los virtuosos del vallenato, con sonrisa permanente, mientras conversaba con Jorge Emilio Sierra Montoya, director del Diario *La República*.

Los amigos del doctor Elías Muvdi estamos conmovidos. Goethe pensaba que vivir en el corazón de aquellos que hemos dejado, no es morir. Y cuando se escriben libros de vigencia en el tiempo, siempre se estará presente. Porque algún día aunque pasen años o siglos, el consultor de bibliotecas, al valorar el autor, lo revive y le aprovecha su legado.

Séneca decía que cuando la vida es bien empleada es suficientemente larga. El doctor Elías Muvdi supo emplear cada instante de su existencia. La muerte le

llegó después de escribir otras páginas para su nuevo libro. Y su hijo Rafael contó en el entierro que preparaba maletas para viajar a España, mejor dicho, a la biblioteca de la Academia de la Lengua Española, en procura de nuevos temas para su libro en vísperas de edición.

Y ahora, a consolarnos con Jorge Manrique: "Recuerde el alma dormida / avive el seso y despierte / contemplando / cómo se pasa la vida / cómo se viene la muerte / tan callando".

Recuerdo y nostalgias

Me encuentro con amigos en varios festejos de varios acontecimientos para la vida cultural de Barranquilla. E intentamos conversar sobre temas propicios en esta clase de encuentros. Pero las costumbres de estos días perturban la oportunidad.

Siempre he creído que las reuniones sociales se programan más que todo en favor de la conversación. Antes la ciudad ofrecía sitios adecuados para concurrir. Y allí estaban los amigos que compartían inquietudes intelectuales. Digamos, por caso, La Lanchería Americana (de la calle San Blas con Progreso), El Café Roma (en el Paseo de Bolívar) y la Librería Nacional (en Jesús con Veinte de Julio).

Todo eso quedaba en el centro, y en nuestras mesas apenas si se servían tintos y gaseosas. Cada uno iba con el propósito de redactar el editorial del semanario que dirigía, leer el próximo artículo, el cuento o el poema de su cosecha. Y quedaba tiempo para la crítica o el chisme del momento. Por cierto, en noches pasadas,

Esteban Páez Polo, Luis Felipe Palencia Caratt, Leonello Marthe Zapata, Marco T. Barros Ariza, recordaban la anécdota de un terrible grupito que permanecía hasta finalizar la tarde enjuiciando conocidos y desconocidos. Y un día uno de sus integrantes tenía que retirarse (porque la costumbre era la de partir juntos para evitar ser víctima de sus propios amigos). Entonces se levantó, y dijo: "Ahí les dejo mi honra". Y la respuesta inmediata fue unánime: "¿Cuál honra?".

Ahora yo asisto con doña Anita a las inauguraciones y ofrecimientos y lo hago, primero, para responder al anfitrión y congratularme con el suceso, y segundo, para conversar con amigos, aprovechando así la grata oportunidad.

Pero lo último es casi imposible, porque entiendo que la moda es llevar grupos musicales, con parlantes ruidosos, que no solo perturban el diálogo, sino que propician irritaciones de garganta por el esfuerzo que debe hacerse al hablar.

Doña Anita suele regañarme, porque mi afición por la conversa del ayer, me obliga a suplicar que disminuyan el volumen de la música. Ella, y con toda razón, me hace saber que debo respetar las usanzas ajenas.

Bueno, lo irónico del asunto, y sobre esto quería es-

cribir, es que en uno de esos agasajos la orquesta interpretaba música cubana de hace sesenta años o más, que ahora está de moda. Y me fui a un rincón a escucharla y a dejarme dominar por el recuerdo nostálgico.

Uno de mis libros (*Del Recuerdo a la Semblanza*) lo inicio en la infancia. Y traigo a la memoria las noches estrelladas, en la puerta de la casita con techo de paja, en las piernas de la niña Emilia, mi madre, cuando me dormía cantándome las inolvidables estrofas: *Mamá yo quiero saber de dónde son los cantantes... los encuentro tan galantes, y los quiero conocer. Son de La Loma, son de Santiago...* O aquellas otras: *Ay, mamá Ine, todos los negros tomamos café...*

Mi madre me cantaba, además, bambucos, pasillos, todos románticos, sobre el amor y la vida.

Nunca supe cómo las aprendía, porque entonces Isabel López estaba aislado. No había carreteras, y apenas en los meses de verano el Inspector de la Policía decretaba fajinas de arreglo del camino que nos unía a Usiacurí y Molinero, para que los osados barranquilleros, propietarios de automóviles, visitaran a Cartagena.

Ahora han vuelto las canciones cubanas de mi niñez, y esa noche, dejé a un lado el beneficio de la agradable conversación, para gozar de la nostalgia del recuerdo.

La belleza de la lluvia

El día es de lluvia. Me asomo a la puerta a contemplarla y el recuerdo del ayer me invita a repetir la grata costumbre. Miro enfrente, a la casa de Chucho Rubio, en busca de acompañante, pero no lo veo. Entonces me contento con el regreso al pasado para disfrutar los momentos de frescura y jugueteo.

Todos los niños animábamos las calles de Isabel López apenas los truenos y las nubes oscuras anunciaban aguaceros. Desnudos los pequeños y con pantalones remendados los mayores, el gozo era colectivo. El caer de las gotas en la cara iluminaba los rostros infantiles. Se corría de un lado para otro embriagados con el frescor del obsequio del cielo.

En octubre, cuando la llovizna era persistente, y los arroyos se crecían ofreciendo peligros, entonces el deleite se encontraba en la contemplación. Los árboles acrecentaban su verdor y en los charcos, las gotas al caer, se convertían, por instantes, en esferitas cristalinas.

El cese de la lluvia lo anunciaban, con sus trinos melodiosos, los pájaros multicolores. Y al caer de la tarde, cuando los campesinos regresaban a sus rozas, a pesar de la mojadura, saludaban contentos por el presagio de las buenas cosechas.

Es cierto que el exceso de lluvias generaba problemas. Porque, como se dijo alguna vez, la lluvia hace crecer las matas de las flores en los jardines, pero también las zarzas y espinas de los bosques.

Con las lluvias los mosquitos se alborotaban y con sus picaduras transmitían paludismo. A mí no me perdonaban, y en medio de la humedad del invierno las fiebres y la quinina amargaban la existencia.

También, por la terquedad de mi padre, de no querer abandonar a los viejos vecinos, casi todos los años, el arroyo que nacía en Usiacurí y desembocaba en la laguna de Guájaro, inundaba las viviendas cercanas a su cauce. Y la nuestra era una de esas. Por eso, en las grandes crecidas, el trasteo a la casa del bisabuelo Nicolás, en la loma de la Iglesia, era maniobra repetida.

Pero, en fin, la lluvia era la vida y la alegría. Alborozo de chicos y grandes: Para nadar en las pozas, bañarse con las gotas refrescantes, cultivar la tierra y engordar el ganado con pastos abundantes.

Ahora estoy aquí, como antes, delante de la alegre y presurosa corriente. Y escucho el roce de las gotas a las hojas. Me ofrecen sus sombras dos robustos robles. Y cuando llueve es fácil descubrir sus contentos. Entonces detengo por buen rato la mirada para compartir deleites.

Sin embargo, cuando “aprieta”, como antes se decía, siento temor. Los inviernos causan daños en algunos barrios de la ciudad. Los de antes, y los de hoy, pavimentaron y pavimentan calles sin alcantarillado pluvial. Y los arroyos arrastran casas, vehículos y personas. Esa triste realidad me apena. Entonces la dicha de la lluvia se empaña con el temor.

Lamentablemente, la vida ofrece esos contrastes. Cerca de la alegría siempre anda rondando la tristeza. Pero es necesario intentar extender al máximo la alegría. Sobre todo, cuando ella no se alimenta con logros a costa de otros. Al referirse a este tema, Carlos Dickens confesaba: “Yo experimento un profundo y humilde deseo, y lo conservaré mientras viva, de aumentar la cantidad de alegría inofensiva”.

Y ojalá, que significa Dios quiera, la naturaleza tropical permita disfrutar la belleza de la lluvia, libre de hechos deplorables.

Recuerdos de fútbol

Me reúno con el ex ministro César Esmeral, pero no hablamos de los acontecimientos futbolísticos que nos llegan de Francia. Preferimos recordar los niños, con la bola de trapo en las calles arenosas de Isabel López.

La infancia aparece en el recuerdo como la época más feliz de la existencia. No importan las limitaciones y padecimientos. Siempre la imaginación, la vivencia libre de preocupaciones y afanes materiales, facilita el goce en plenitud de lo prevaeciente.

En aquellos años las perturbaciones de salud abundaban. Y las holguras que estos tiempos ofrecen eran casi desconocidas. Pero con lo que la naturaleza ofrecía, bastaba. De noche, por ejemplo, los niños nos reuníamos en la loma de la Iglesia a contemplar el cielo. Entonces no había luz eléctrica que perdurara, y los bosques tupidos facilitaban el esplendor de la bóveda celeste. Las Siete que Brillan, la Compañera de la Virgen, las Tres Avemarías, eran las estrellas favoritas. Y se jugaba a

descubrir luceros y a quien viera primero los bóldos fugaces.

En el día, cuando se salía de la escuela, el fútbol predominaba. Las bolas de trapo las hacíamos nosotros mismos: Una media desechada se llenaba de trapos y papeles, y con hilo y aguja prestada a las mamás se cosía la pelota. Cuatro palitos bastaban para delimitar las porterías.

En diciembre, cuando el verano comenzaba, el Inspector de Policía fijaba fechas de fajinas para desmontar el campo de fútbol, aplanarlo y dotarlo de porterías. Los jóvenes veinteañeros aportaban centavos para la compra del balón en Barranquilla. Y se formaba un equipo que esperaba la visita de los equipos de Usiacurí y Molinero.

Los domingos de fútbol reunía a casi todos los habitantes en el campo. Y se tomaba guarapo para festejar los triunfos o derrotas. Nunca supe de ningún disgusto, ni mucho menos de atropellos o riñas. Todo aquello era para disfrutar el deporte y la agradable ocasión del encuentro con vecinos y amigos.

Después, en Barranquilla, encontré que las cosas eran parecidas. En el Colegio San José la cancha estaba

en toda la mitad de la edificación. Y en los recreos se participaba en el juego con varios balones. Pero los sábados y domingos los equipos organizados practicaban en sitios apropiados en las afueras de la ciudad, precisamente, en el lugar donde ahora está dicho colegio.

En un principio asistía al Estadio Moderno los domingos en compañía del profesor Miguel Rada, padre de quien fuera después el gran Cañonero. Eran varios los equipos que disputaban, y en cada uno de ellos había jugadores que admiraba, entre ellos, el Flaco Meléndez, Escorcía, Guarapo Mendoza, etc. Un arbolito de almendra que crecía en la tribuna de sol daba un poco de sombra a los que llegábamos temprano. Y las barras aplaudían y animaban a sus equipos, pero nada más.

Después vino el Dorado. Acá, en Colombia, llegaban los mejores futbolistas del mundo. Cada ciudad, y cada equipo, los recibieron con beneplácito. El Junior fortaleció su onceno titular con lo mejor del Brasil. Y allí estaba, también, el pariente Toño Rada.

Los domingos, después de salir del Municipal, íbamos a dar a la casa de la Tía Elena, en la calle de Las Flores con Concordia. Y todo era complacencia. Por cierto, años después, a algunas de estas glorias del fútbol costeño (Memuerde García, Toño Rada, Picalúa, etc.)

les facilité la entrada para que trabajaran en la Universidad del Atlántico y en la Universidad Simón Bolívar.

Bueno, aquella fiesta del fútbol del pasado, era bien distinta al agitado y violento proceder de los aficionados y jugadores de hoy. Tal vez por eso mucha razón tiene el doctor Rafael Bolaño, cuando comenta entre amigos: Ante esta realidad ajena al deporte y la convivencia, hace ya rato que no me siento en las graderías de un estadio.

Recuerdos de Gaitán

En muchos nueve de abril de estos cincuenta años he escrito sobre Gaitán, el Tribuno del Pueblo y el conductor de la esperanza. Ahora, al cumplirse medio siglo de su asesinato, quiero rendir homenaje a los amigos del ayer que compartieron ilusiones e idearios.

En Barranquilla los jóvenes éramos estudiantes de bachillerato. Entonces no había universidades, y la inquietud intelectual, encontraba adecuada expresión desde los estudios secundarios. La orientación humanística de la enseñanza, con provechoso énfasis en la literatura, la historia, el castellano, la gramática y la redacción, estimulaba inclinaciones y compromisos.

Mi primer periódico lo dirigí cuando cursaba el segundo año de bachillerato. Después vinieron otros, entre ellos *Frente Nacional*, órgano de expresión del gaitanismo atlanticense.

Esos espontáneos y altruistas quehaceres los com-

partí con José Francisco de la Hoz, Manuel Figueroa, José Ángel Bolaños, Elías Cajeli, Santos Valencia Asprilla, Óscar Rosales, César Roncallo, Manuel Llanos, Humberto Solano, José María del Castillo, Luis Felipe Palencia, Luis Carlos Pérez Lara, Joaquín Noguera, Juan Barrios.

Era cierto que la alegría y el entusiasmo estaban presentes en las distintas actividades proselitistas. Pero, a veces, los sacrificios rondaban. Los sábados de circulación del semanario, las amanecidas eran frecuentes en la imprenta. Yo tuve que graduarme en Bogotá, porque el padre José Eustaquio Pieschacón, Rector del Colegio San José de la calle de Las Flores, donde pasé buena parte de mi niñez y juventud, para un total de ocho años sin mancar una misa diaria, le hizo saber a mi muy piadosa madre, que de allí no saldría el primer comunista con título. Manuel Figueroa, que era sacristán oficial, también tuvo que ir a refugiarse desde temprana edad en el Terminal Marítimo, para después involucrarse de lleno en el manejo sindicalista.

Los jóvenes seguíamos los pasos de Saúl Charris de la Hoz y Elías Moisés, los abogados y oradores; Santander León y B., con tiempo suficiente para atender su concurrida venta de queso en el Mercado Público y preparar las visitas a la ciudad del jefe; A. Rangel, el agente

de *Jornada*; Carlos Cervantes Núñez, Miguel García Caratt, L. Jimeno Collante, y otros.

Al llegar a Bogotá de inmediato visité a *Jornada*, dirigida por Jorge Uribe Márquez y Darío Samper; después, al Jefe, en su oficina de la Carrera Séptima. Esa mañana me aconsejó que estudiara Economía, y me entregó una tarjeta de presentación para Gerardo Molina, Rector de la Universidad Nacional. Molina, a su vez, me envió donde Antonio García, el Director de esos estudios.

Pasada la primera gripa, que nunca fallaba en los recién llegados, inicié amistades con los copartidarios. Muchos de ellos acudían al pequeño almacén de Pascual del Vechio, que también servía de lugar de encuentro, como la casa de sus padres, en Barranquilla, cuando Gaitán llegaba a esta ciudad.

Carlos Calderón Mosquera, Raúl Alameda, Manuel Zapata Olivella, Juan Padilla Valdiri, Diego Luis Córdoba, Hernán Manrique, Jaime Posada, Hernán Garavito, Efraím Valencia, Álvaro Ayala, Jorge Villaveces, fueron en la capital los más cercanos.

Aunque, en verdad, los miles de seguidores del Caudillo solíamos tratarnos como amigos en los encuentros

de los viernes, en el Teatro Municipal, o en las manifestaciones públicas. El mensaje estimulante de su oratoria facilitaba la hermandad y la entrega. Por eso el 9 de abril salimos a las calles a expresar el dolor sin miedo a la muerte. Arengábamos a las multitudes en definidos propósitos de la búsqueda de un gobierno popular que llevara a cabo los ideales de justicia social y auténtica democracia, como esperaba hacerlo Gaitán desde la Presidencia de la República.

En medio del tumulto, los compañeros adoloridos apenas si levantábamos los brazos en busca de consuelo y ánimo. Uno de ellos, Fidel Castro, gritaba su aflicción. Unos días antes fuimos juntos a saludar a Gaitán. Yo entonces representaba, en condición de periodista, al vespertino *El Nacional*, de Julián Devis Echandía, en la Novena Conferencia Panamericana, y allí lo conocí. Era un joven corpulento, exiliado de la dictadura imperante en Cuba.

Las elecciones de ayer y hoy

No repetiremos con el poeta que, a nuestro parecer, todo tiempo pasado fue mejor. Pero sí se hace necesario decir que era diferente. Sean los casos de las elecciones y de las jornadas proselitistas. Desde la juventud tuve la grata oportunidad de involucrarme en el quehacer político. Por eso puedo memorar detalles de actividades electorales de entonces.

En las aulas del bachillerato ya se respondía a la inquietud política. Entonces las ideas jugaban el papel principal. Los partidos, o los movimientos insurgentes, pregonaban idearios y preceptos para justificar actitudes y responder a las exigencias populares. Las banderas, por ejemplo, azules o rojas, eran símbolos de programas doctrinarios.

Apenas, en la primera juventud, y me animé a responder a los pronunciamientos antioligarcas de Jorge

Eliécer Gaitán. Con el respaldo de José Ángel Bolaño, Manuel Figueroa, César Roncallo, y otros amigos, fundé el *Frente Nacional*, un semanario que sirvió de órgano escrito del Gaitanismo. Todo lo hacíamos nosotros, sin ninguna clase de patrocinio especial de simpatizantes o pudientes. Buscábamos los avisos, los cobrábamos, redactábamos los editoriales y noticias, los sábados bien temprano se distribuían entre los voceadores. Las instalaciones de la imprenta Obando o las mesitas de la Lanchería Americana y el Café Roma, nos servían de oficina.

Entonces fui candidato a la Asamblea del Atlántico. Y nunca supe que había que gastar dinero para atraer a los sufragantes. En Isabel López, el respaldo al hijo de la tierra fue unánime; en Usiacurí, a Jorge Urueta, su pueblo le respondió; lo mismo a Justiniano Molina, en Juan de Acosta. Acá, en Barranquilla los comités alegraban los barrios con la presencia espontánea de los vecinos.

Más tarde fue lo mismo con las campañas para el Concejo, Cámara y Senado. La agitación y los discursos, por lo general, estaban desprovistos del ataque personal. A lo sumo el calificativo de oligarca o burgués era lo más temerario para referirse a los adversarios. Nunca supe de acusaciones que tuviesen que ver con enrique-

cimientos a través del manejo indebido de la política. Néstor Carlos Consuegra, senador casi vitalicio, murió tan pobre como comenzó. Lo recuerdo en su carro de modelo antiguo recorriendo carreteras y calles; Alberto Pumarejo jamás faltó un día a su obligación como gerente del Banco Comercial de Barranquilla, tal como lo hacía Carlos Martín Leyes, en Incobra, o Juan B. Fernández en *El Heraldó*. Lo mismo podría decirse de Eduardo y Chucho Carbonell o de Evaristo Sourdís, en el campo conservador.

Unos días antes de las elecciones que acaban de pasar, el ex Ministro y ex Congresista Pedro Martín Leyes me pidió que lo acompañara como suplente, o segundo de lista, en su aspiración de regresar al Senado. En aras de la amistad y como conocedor de sus ejecutorias en grandes realizaciones que contribuyen al progreso de la región, le hice saber que respaldaría su candidatura.

No se alcanzó la curul, pero mucho me complació la respuesta de amigos y copartidarios. En un banquete en el Club Alemán asistieron dos mil trescientas personas; Isabel López volvió a estar presente, y en la cuadra de mi barrio, como en el pasado, los vecinos se repartieron las contribuciones espontáneas: don Benigno Carreño, desde muy temprano puso en la puerta de la casa de Chucho Rubio, donde estaba el "Comando", un

bus y dos taxis de su propiedad; Marco Ariza preparó, por su cuenta y riesgo, un sancocho de pescado. En la tarde, los cubanos Rafael, Zoe y Ernestina Machado, prendieron el baile para que festejáramos las elecciones y el saber que votamos bien. Y así todos los directivos y miembros sobresalientes del Movimiento Bolivariano respondieron a la convocatoria.

En verdad la política, tantas veces lo hemos escrito en esta columna, es una ciencia y un arte. Locke la entendía como el buen sentido aplicado a la moral. Es este el concepto altruista. Pero otros, un tanto con desaire, han pensado de manera distinta. Thiandiere dijo que la política es el arte de disfrazar de interés general el interés particular. Y, objetivamente, en criterio correcto, Canobas explicaba que la política es el arte de aplicar en cada momento aquella parte del ideal que las circunstancias hacen posibles.

De todas maneras, esta época que inició la Chicholina en el Parlamento italiano, con sus senos descubiertos, dista mucho de mi ayer diferente y añorado.

Discípulos y política

En la presentación que hace la Editorial Grijalbo de la tercera edición de mi libro *Apuntes de Economía Política*, comenta que dicha obra fue escrita a mano en comienzos de la década de los años sesenta, cuando tuve la feliz oportunidad de ser profesor en universidades de Barranquilla, Bogotá, Popayán y Cartagena y contar con discípulos que después se destacarían en la actividad política y educativa, entre ellos, Ernesto Samper, Carlos Lemos Simmons, Horacio Serpa Uribe, Humberto de la Calle Lombana, Guillermo Alberto González, Julio César Turbay Quintero, Ignacio y Felipe Valencia, Manuel Sierra, Florentino Rico, etc.

En verdad el recuerdo de esos días de insurgencia intelectual y de afanes en procura de la autenticidad ideológica me placen, como también los éxitos de los educandos que han sobresalido en distintas actividades.

A Carlos Lemos Simmons lo recuerdo lleno de energía juvenil en las aulas de la ilustre Universidad del

Cauca y en calles de la señorial Popayán. Entonces su padre, doctor Antonio José Lemos Guzmán, era el Rector. Veterano político, maestro de juventudes y consagrado hombre de letras, engrandecía aún más su presencia y obra, la tradición y prestigio de esa venerable casa de estudios superiores. Al frente de la Facultad de Derecho estaba el doctor Jorge Illera Fernández, apasionado servidor del magisterio.

Los discursos pronunciados por el doctor Lemos Simmons en su condición de Presidente de la República encargado, respondieron a los anhelos del pueblo colombiano. En dos afortunadas intervenciones se refirió a temas de actualidad y trascendencia, que deben exigir la máxima atención de los gobernantes actuales.

La búsqueda de la paz y la justicia social están en el orden del día. Y con la franqueza que lo caracteriza, su mensaje de posesión fue una definida exhortación al entendimiento pacífico. Incluso, a los jefes políticos y candidatos les demandó moderación verbal y ánimos distintos. La modalidad de los agravios personales debe arrinconarse para dar paso a la exposición de ideas, declaró a la prensa.

La crítica del presidente Lemos Simmons al estilo prevaleciente de injurias personales, se extendió a la

prensa. Y en verdad nada constructivo ante la crisis que vive el país es el papel que desempeña la prensa escrita, los radioperiódicos y los noticieros de televisión.

La noche pasada compartí complacencias con los discípulos del doctor Horacio Serpa Uribe de la Universidad del Atlántico. Entonces era yo Rector por voluntad exclusiva de sus profesores y estudiantes. Estaba en la Universidad de Cartagena, como profesor titular, enseñando Economía Política, tal como lo había hecho y lo seguiría haciendo en la Universidad del Atlántico, y me llamaron al honroso cargo.

Fueron estos tiempos de regocijos y creaciones. El Alma Mater amplió sus instalaciones y su población estudiantil aumentó. Se publicaron muchos libros, se adecuó el teatro de Bellas Artes, vinieron conferencistas de otras partes, en fin, la imagen de la institución adquirió perfiles distintos.

Los compañeros del doctor Serpa Uribe, todos ellos mis discípulos, se acercaron a saludarme. Están complacidos con la candidatura del compañero de estudios del ayer. Entonces les digo que más allá de exigencias ideológicas, hay razones para la simpatía con el candidato: Está casado con una dama barranquillera, y al decir del doctor Rafael Bolaño, uno es, a la larga, de donde

es la señora; es ribereño, nacido en Barrancabermeja, a la orilla del Magdalena, nuestro río, y el de la Patria; y fue mi discípulo y estudió Economía por el mencionado texto *Apuntes de Economía Política*.

Pero, además, el doctor Horacio Serpa Uribe es parte del pueblo colombiano. De origen humilde, adelantó sus estudios con su propio esfuerzo, trabajando en las calles barranquilleras y compartiendo las angustias y alegrías de su gente. Nadie como él, pues, puede reclamar el derecho de dirigir los destinos de un pueblo anhelante de paz, convivencia, justicia social, reformas agrarias y defensa de los recursos naturales. Sobre todo, de esos recursos tan valiosos para un aprovechamiento propio en la búsqueda del desarrollo económico, como son el petróleo de su tierra santandereana, el carbón y el gas de La Guajira, los bosques de la Amazonía, etc.

El mundo de Miami

Hace 36 años llegué por primera vez a Miami. Venía del Japón, país donde pasé 6 meses en representación de la Planeación Nacional de Colombia. Allí estaban los expertos en Planeación Económica de casi todos los países del mundo en un encuentro para intercambio de experiencias. Las reuniones se llevaban a cabo en distintas ciudades. Esa modalidad nos permitió conocer, en todo el territorio de la hoy floreciente nación, sus limitaciones y sacrificios de entonces a favor del resurgimiento de la actividad productora.

Pero hablemos de Miami, el atractivo centro turístico, tan parecido en estos días a Cartagena y Barranquilla. Por cierto, muy cerca al aeropuerto se encontraba un tugurio como los que abundan ahora en nuestras ciudades. Pero, en general, la ciudad era apacible y apropiada para el turismo. Con doña Anita y mi madre residimos en el Hotel Casa Blanca, con fachada exterior al estilo de la histórica construcción que permanece en Washington, muy cerca del Lincoln Road, la calle reposada que

aún conserva su estilo, y en el presente se aprecia como un refugio en ese mundo de automóviles veloces.

Antes de viajar con mi familia imaginé fastidiosas revisiones aduaneras o posibles discriminaciones. Pero todo fue distinto a lo supuesto. La realidad es diferente y, por cierto, desconcertante. En el Aeropuerto de Barranquilla las inspecciones abundan. Hasta estropean los contenidos de las maletas con objetos punzantes y la requisa personal se practica en forma directa o manual con los aparatos electrónicos. A mí me hizo un poco de gracia, pues mientras algunos funcionarios apretaban hombreras, bolsillos y deslizaban sus manos por sobacos, cinturas y piernas, me recordaban que este año también esperaban contar con la beca.

En Miami, por el contrario, nadie abrió las maletas de los viajeros, y mucho menos pasó sus manos por sus cuerpos. Todo parecía preparado para facilitar la llegada y ofrecerle al visitante una cordial bienvenida.

Nuestro objetivo era Orlando, para compartir con los nietos. Todo allí es un expresivo muestrario de tecnología y de una existencia que aún —y tal vez en buena hora— no nos pertenece. Avenidas transitadas por carros veloces. Aceras solitarias, sin la presencia de humanos. Una tarde, desde nuestra camioneta, asusté a mis fa-

miliares al exclamar con regocijo y alta voz, que había visto a un señor caminando en la acera. La misma grata sorpresa fue cuando en un famoso y gigantesco centro comercial escuché a un negro ofreciendo sus servicios de taxista. Hasta ese momento no había visto uno solo en toda la inmensidad de las vías que conducen al parque de recreo de la historia del cine.

Para ver a los humanos era necesario entrar a los supermercados, restaurantes y dulcerías, en las largas filas enroscadas de entrada a los teatros de exhibición de trucos, tercera dimensión, esplendorosos muestrarios de acontecimientos culturales de los pueblos y supuestos cósmicos del futuro. Allí están, en su mayoría, las parejas pasaditas de kilos, muchas de ellas en sillas de ruedas, en desconcertantes muestrarios de los efectos de las hamburguesas, los perros calientes, las pizzas, y los grandes recipientes de gaseosas.

Miami ahora es gigantesca y como Orlando muy limpia. Nos hospedamos en un hotel lejano del centro y cerca de las playas. Es algo original. Toda la planta baja la ocupa una exposición de automóviles de los años cincuenta. En el restaurante sirven dentro de ellos y están pulcramente cuidados. Mis nietos pasaban allí felices. Especialmente Arlencita y su mamá, doña Magdalena, porque le recordaba a su Cuba, donde aún se mantienen en servicio.

Los centros comerciales de Miami son inmensos. Doña Anita, la hija Anitica y la sobrina Elvirita programaron estar tres horas en uno de ellos, pero no pasaban de la entrada del Sears, en el espacio de unos metros, buscando tres vestidos que jamás encontraron. Por cierto, en el sacrificio de mi espera recordé el Sears de Barranquilla de hace cincuenta años, tan bello o más que los de Miami y Orlando, y pensé qué poco hemos logrado avanzar en el área de las edificaciones del sector servicio. Aquí han nacido y se han desarrollado empresas comerciales, pero sus instalaciones siguen siendo esas mismas, o grandes bodegas con aire acondicionado, un poco mezquinas en presentación y comodidad.

Libros

Prólogo

Las estadísticas demográficas han hecho saber que el número de las viudas supera siempre al de viudos. Muchas pueden ser las explicaciones, como diferencia de edades en el momento de las nupcias. Pero, sobre todas esas, las más expresivas son las relacionadas con los sentimientos, apegos y refugios familiares.

La vida hace buen uso del desahogo con el llanto fácil: Encuentra alero en distintos hogares, de hijos o allegados... y, sobre todo, por su capacidad y experiencias en el campo de los sufrimientos, pueden sortear mejor el triste acontecer.

Yo sé de casos de amigos que apenas si han podido soportar la ausencia de la cónyuge unos pocos meses. Y de otros que se sumergen en la nostalgia y el recuerdo compartido, a la espera de un anhelado nuevo encuentro en el más allá.

Uno de ellos es mi buen amigo Pedro Obregón Roses,

quien pregona su agonía y tristeza en el poema y la prosa. Él sigue la ruta de los poetas en situaciones similares. Guillermo Valencia, en Sonetos dedicados a la compañera fallecida, termina uno de ellos con un verso antológico: “Solo morirás cuando yo muera”. Y la poetisa y santa, ante la evocación de su Dios crucificado, exclamaba en el más tierno misticismo: “Si tú me dices ven, lo dejo todo... vivo sin vivir en ti, y tan alta vida espero, que muero porque no muero”.

Pedro declara que parece estar en un bosque perdido, solo, sin capacidad auditiva para escuchar el canto de los pájaros, o el roce de los vientos en las hojas, rodeado de nubes negras y espesuras. Pero su imaginación lo acolita y parece ver un rayo de luz que sabe interpretar como el camino que habrá de conducirlo a su lado.

Y para dar rienda suelta a su estado de ánimo teclea en la máquina las emociones del recuerdo. Y son tantas las páginas testimoniales que lo animo a publicarlas. Ya Pedro había editado por conducto de Grijalbo las convivencias de su hermano Alejandro, el genial pintor, orgullo de Colombia y América Latina. Son relatos íntimos que permiten conocer facetas particulares del artista bajo el respaldo de un estilo límpido y sentido.

Este nuevo libro, que lleva por título *¡Olga, cuánta*

falta me haces!, es como un pétalo que escribe para rendir homenaje al sentimiento tenue y a la rosácea descripción del viaje o de la aventura compartida.

El autor se vale de la narración del paisaje de otras tierras como en un propósito definido de justificar mejor el pesar por la ausencia de la amada.

Fueron cinco los viajes que hicieron juntos por distintas regiones del mundo. Y cada uno de ellos dejó huellas imperecederas, simpáticas anécdotas, gratas impresiones, embrujos de atardeceres, disfrutados cogidos de las manos. En fin, el deleite de lo exótico y el admirable silencio en las salas de museos. Todo eso que satisface al espíritu sirvió de alimento y estímulo a un amor compartido.

Yo he leído los originales con el agrado de la pesquisa del recuerdo opacado. También con doña Anita visité esos lugares, pero ya mi memoria falla. Y apenas si recuerdo detalles de Tokio, Kioto, Honolulu, Ámsterdam, Madrid, Los Ángeles, o Atenas.

Pedro se asombra de la limpieza de las calles de las urbes japonesas. Observo en ellas a las señoras recogiendo en bolsitas de plástico los excrementos de los perros que sacaban a pasear. Cosa distinta, dicen, de

París y sus Campos Elíseos, donde se tiene que caminar mirando el piso y dando saltos para evitarlos. Algo parecido me pasó en Orlando en reciente visita. Con mi familia habitamos dos casas en un barrio especial para turistas. Todo era limpio y solitario. Nunca veíamos vecinos. Sabíamos que estaban hospedados en esas cómodas residencias porque en las aceras estacionaban los vehículos. Y, también por algo singular: Cuando salíamos a las diez de la mañana a respirar el aire natural, había que tener cuidado para no pisar la excreción canina. Entonces imaginamos que desde muy temprano los vecinos sacaban a sus mascotas para que hicieran sus necesidades, como se dice familiarmente, en las aceras y prados de los antejardines.

A Pedro no le gustó la comida japonesa, por aquello del arroz pelotudo, el pescado crudo y las algas marinas. A mí me pasó algo parecido, pero apenas en el comienzo. Viví en el Japón un buen tiempo como huésped oficial. Y tuve la oportunidad de recorrer todo su territorio. En un comienzo con mi costumbre caribeña de comer todo con bastante sal y arroces “volados”, quiero decir, con buena manteca de cerdo o vegetal, los primeros días fueron difíciles. Con saber que hasta los huevos fritos los sazonaban con mermelada. Pero después, al pasar el tiempo, el paladar disfrutó esos manjares, frutos de culturas milenarias.

Tal vez el gran Pedro protesta porque también es cultor del arte culinario. Tanto es así que incluye en el piélago de sus congojas, las comidas preparadas para su amada.

Bueno, Carlos Gardel, el cantor inigualable, en uno de sus tangos resumía el drama “sus ojos se cerraron y el mundo siguió andando...”. Ante esa realidad, apenas me atrevo a darle un consejo al amigo y escritor: Que se sirva de su pesadumbre para que le obsequie a la literatura costeña el poético legado de su recuerdo.

Posgrados y libros*

Es este, para los directivos, profesores, funcionarios y trabajadores en general de la Universidad Simón Bolívar, un día de plenitud festiva, de homenaje y reconocimiento a la actividad creadora de ilustres personalidades, de cultivo de la amistad y de regocijo por la presencia del libro y sus autores.

Esta modesta edificación estará al servicio de los profesionales que nos honran y estimulan al adelantar en nuestras instalaciones sus estudios de posgrado. No ahorraremos esfuerzos en los definidos propósitos de continuar dotándola de las bibliotecas y centros de investigaciones indispensables, que sirvan de complementos adecuados a las labores académicas.

Las ocho salas principales de los cuatro pisos del edificio llevan los nombres de Juan B. Fernández Ortega, Pedro Pastor Consuegra, Benjamín Sarta, David Sánchez Juliao, Mario Ceballos Araújo, Ramiro Moreno, Roberto Burgos Ojeda y Alfredo Gómez Zurek, destaca-

das figuras, orgullo de la región costeña. en los campos del periodismo, la literatura, la universidad y la cultura en general.

Ya esta costumbre que conduce al recuerdo la inició la Universidad en los Museos del Periodismo y las Letras y en su segunda sede académica, con la Sala Jorge Artel, y la continuará en el edificio en construcción en esta misma avenida.

La Universidad ha querido hacer de la publicación y difusión del libro y las revistas un ritual permanente y obligatorio. En ocasiones anteriores, y en esta noche, se ofrecen a sus profesores, estudiantes y amigos, a manera de feria, a precios veinte o más veces inferiores a los que tienen en las librerías. Son detalles y esfuerzos en procura del estímulo a la adquisición que facilite la costumbre por la lectura. En el sano experimento se cuenta con el respaldo de casas editoras de reconocido prestigio mundial, como Grijalbo y Plaza & Janés.

Y también la Universidad apoya el trabajo de escritores. Siempre está ella en disposición de patrocinio a los autores colombianos y latinoamericanos. Hoy, por ejemplo, profesores y amigos presentan sus recientes creaciones.

El periodista y poeta Jorge Emilio Sierra, Director

del Diario *La República*, de Bogotá, entrega un ramillete de ensueños, ilustrados con bellas pinturas de nuestros maestros Édinson Roa y Moisés Manotas. Son cantos al amor con la pureza cristalina del sentimiento humano más universal y digno. El amor, nos recordaba Lacordaire, es el principio de todo, la razón de todo, el fin de todo. Y Óscar Wilde, más sentencioso, recordaba que solo el amor puede ayudar a vivir.

Como si no tuviese tiempo para detenerse, el gran Jorge Emilio Sierra permite correr la inspiración para dejar clara constancia del latido del corazón. Y le cuenta a la amada que sigue el camino de sus ojos para juntos gozar del azul del paisaje. Y une su voz a la de ella y grita al mundo que el embeleso le permite caminar por senderos de almíbares.

David Sánchez Juliao vuelve al ruedo, como suelen comentar en su auténtica Lórica. Y ahora repleto de madurez creadora. Porque *Danza de Redención* es el relato hermoso de una tierra desbordante de leyendas.

En la primera página del libro de David compruebo la metamorfosis en costumbres del ayer. En su pueblo la música separaba en la organización social: El vals servía al espíritu del bien, habitante de las casonas del barrio arriba y de las haciendas circundantes; en cam-

bio los espíritus del mal anidaban en las lengüetas de las flautas de millo, el cuero de los tambores y las semillas de las maracas.

Precisamente, en estos días he compartido jolgorios de la juventud y de la madurez académica. Y allí encontré unidos a los diocecillos de las situaciones opuestas. Porque al inicio de los bailes, después del pausado valsecito criollo o vianés, que, por cierto, ya perdieron la gracia del movimiento rápido de antaño, el acordeón del vallenato, la tierna cadencia del porro y el sonido ancestral de la flauta de millo y de la gaita de caña de corozo, alegraban los espíritus y aflojaban los músculos.

Nuestro profesor Adalberto Reales Utria nos obsequia doblemente: Aquí están, esta tarde, dos libros suyos: *Socio Investigación*, y *Modelos para elaborar Ensayos, Reseñas, Informes y Ponencias*. El educador, pedagogo e investigador, ofrece la cosecha de la experiencia y el dominio profesional.

Por su parte, los doctores Pedro P. Vargas y Yasmira Gómez conducen a los predios del Derecho Penal, para dar respuesta a quinientas preguntas cuidadosamente seleccionadas. Es trabajo de auténticos educadores para facilitar el aprendizaje de sus educandos.

Y para complementar la fiesta de la letra impresa,

cada Facultad de nuestra Alma Mater obsequia a los visitantes sus órganos informativos. Y con ellos, también, la edición 105 de *Desarrollo Indoamericano*, la revista de circulación universal.

En la entrega de diplomas a los graduandos de posgrado con señalada alegría el señor Rector, doctor José Eusebio Consuegra Bolívar, daba cuenta en la graduación del martes, de la belleza y comodidades de este edificio que estamos inaugurando. Que sea, pues, el momento oportuno para expresar los sentimientos de gratitud de la familia Bolivariana al señor arquitecto doctor Ignacio Consuegra Bolívar, diseñador y celoso guardián de su embellecimiento; al doctor Gustavo Raad Mulford, el arquitecto constructor; al doctor Manuel Marthe Zapata, el ingeniero calculista; y a todos los colaboradores que aportaron su trabajo.

** (Palabras dichas con motivo de la inauguración del edificio de Posgrado).*

Los proyectos educativos

El escritor Abel José Ávila Guzmán desea que el libro *Proyecto Educativo Institucional*, de la doctora Celia León Cantillo, sea presentado en estos días lluviosos de diciembre en la Sala Jorge Artel de la Universidad Simón Bolívar.

De inmediato le aconsejo al dinámico editor que recuerde su ancestro campesino y empiece a repetir el ruego al santo milagroso: “San Isidro Labrador, quita el agua y pon el sol”.

Así le indicó doña Anita a su nieta Arlencita, con motivo del festejo de sus primeras quince primaveras, y el pedido piadoso fue atendido. Rebotante de alegría la niña mimada de sus padres disfrutó con sus amiguitos e invitados de una noche espléndida con nubes blancas que parecían cubrir el cielo, para impedir imprudencias de sus colegas grises.

Es que este invierno persistente de diciembre no encaja en la tradición. Antes, el primero del último mes del año, el cielo amanecía azul y los árboles bailaban al ritmo de las frescas brisas. Y de noche, el tiempo veraniego, era más apreciado cuanto la ciudad se iluminaba con las luces y adornos navideños de las casas y edificios. Más aún, el original espectáculo era motivo de atracción para los habitantes de otras ciudades y regiones que venían a La Arenosa a recorrer calles para deleitar miradas.

Sin embargo, la herencia isabelopera me permitió presagiar el desafuero. En la niñez aprendí de los abuelos a conocer las veleidades de la atmósfera. Y por eso cuando mis amigos sonreían por el verano anticipado de los comienzos de noviembre, les truncaba el gozo al sentenciarles: “Lo que en noviembre no cae, en diciembre se viene”.

Y así fue para pesar de todos, incluidos los paisanos de las regiones lluviosas de los Andes que bajan a la Costa en busca de sol, de brisas y de mar.

Pero el esfuerzo intelectual bien merece la oportuna intervención de San Isidro para que los educadores puedan compartir con doña Celia la fiesta del esfuerzo y el compromiso creador.

Nueve son los capítulos que respaldan el libro. Y en ellos se tratan temas que van desde la autoevaluación institucional hasta el análisis de diagnósticos de experiencias cosechadas en barriadas y escuelas.

El doctor Queipo Franco Timaná, Decano de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, en la presentación hace saber que todos los que tengan la oportunidad de leer este libro, lo encontrarán como un testimonio de lo que puede lograrse en sectores marginados, cuando la voluntad de servicio a la comunidad se ennoblece con la entrega espiritual.

El lugar estratégico de los compañeros de idearios de la profesora Celia León Cantillo es el Centro de Educación Básica No. 45, Núcleo 1, en el barrio Santo Domingo de Guzmán, en el sur de Barranquilla, zona alejada al inicio de la carretera de la Cordialidad que conduce a Cartagena.

Sin lugar a dudas el oficio de educador es el más noble y ejemplar. Sobre todo cuando los educandos son niños. Porque entonces la responsabilidad es máxima. Al maestro se le confía la delicada labor de moldear formaciones y conductas. Rosel opinaba que a los adultos se les educa el entendimiento; a los jóvenes, el corazón; y a los niños, la voluntad.

Yo siempre recuerdo a mis maestros de la infancia. Y nunca olvido su paciencia y constancia. Eran los segundos padres, prodigadores de afecto y predicación adecuada. Ahora, la lectura de los originales de este libro me regresan al pasado. En la escuela de Isabel López no se conocían pupitres ni taburetes. Apenas unas bancas largas que servían para escribir, sentados en el suelo. Pero, la vocación y perseverancia de los maestros, suplía dificultades y carencias.

En lo relacionado con el método en la enseñanza, la autora lo resume así: “Los niños eligen las actividades, aunque se les exige que indaguen. Se les propicia el análisis de problemas ya estudiados y otros que se generan en la sociedad. Los conocidos a través de los medios de comunicación, se someten a debates, críticas y cuestionamientos. Y se tiene mucho cuidado en conducirlos en el comportamiento y la urbanidad. El saludo respetuoso, el buen decir, etc., forman parte de la formación pedagógica”.

Muy saludable, en estos tiempos difíciles de violencia y olvido de las buenas costumbres, resulta el contenido de esta obra. Por eso, con entusiasmo, le decimos: ¡Bienvenida!

Los poetas, la vida y el amor

El escritor y editor, sociólogo Abel José Ávila Guzmán, me visita para entregarme los originales de *Antillas Iluminada*, antología que recoge una selección de poemas de veinte poetas colombianos. Y, como para despertar mi atención, me muestra las páginas dedicadas a Gustavo Esmeral Barros, quien, precisamente, le dedica su primera entrega, titulada "Soy Poeta".

Como súbdito del recuerdo, mientras el amigo explica la razón de su nueva iniciativa, me dejo llevar por la imaginación de regreso a un ayer lejano. Los poetas siempre han gustado de ponderar los recuerdos. Hasta algunos de ellos, como Paul Gerardy, los consentía de tal manera al pensar que sus cualidades eran poéticas, y por eso no se le debe convertir en historiadores. Y Kierkegaard suponía que vivir en el recuerdo es el más perfecto modo de vida que se pueda imaginar.

Por segundos vuelvo a la calle Magdalena, en el barrio Boston. Allí residía el doctor José P. Esmeral, el tío Patro, orgullo de la familia, padre de Gustavo, La Toya y Carlos Eduardo, y abuelo del ex Ministro César, de Nicolás, Carmen, Rosita y José P., el actual Superintendente de Notariado y Registro.

De Isabel López me traían a la casa del tío Patro. Allí estaban mis primos con velocípedos y juguetes que allá no se conocían. Como, tampoco, costumbres de la época. Por ejemplo, a la mesa de comer se llegaba con medias, zapatos y vestido completo. Una sirvienta ataba al cuello servilletas de tela, y los platos se servían en orden riguroso: sopa, arroz, carnes, verduras y postres. Después de la cena, Petronita, la fiel criada, en reunión presidida por Carmita Barros, flor excelsa de Usiacurí, leía páginas de *María, Aura o las Violetas*, o poemas de Guillermo Valencia y Julio Flórez. El tío Patro fue director del Diario *El Liberal*, Magistrado del Tribunal Superior y Consejero de Estado.

Ahora me complace que Gustavo se siente orgulloso de formar parte del Parnaso. Y toma la pluma para hacer saber que pertenece a esa estirpe solitaria que canta en silencio y vuela sobre la angustia en alas de ilusiones fugaces. Y aprovecha el numen para decirle a su amada y compañera que la quiere porque en el palpar de sus arterias escucha como un eco la dulzura de su nombre...

Pero guardemos el orden. Guillermo Meisel Juliao inicia el poemario intentando responder dudas que parecen acosarlo. Desea saber por qué en el corazón hay rincones para el odio y el amor. ¿Por qué el gris de las tristezas y amarguras habita en los mismos territorios del azul de los ensueños y del verde de las esperanzas? Y se desasosiega en veintidós cuartetos sin encontrar respuesta ni a su propio existir.

Y la cienaguera Alma Justa Diazgranados de De Ávila, se acomoda a su nombre y hace saber que es necesario la presencia del amado para estar a su lado.

El amor es entrega sin respuesta. Y como el poeta del ayer, también piensa que es gran amor amar con esperanza y amar sin ella verdadero amor.

Max Rangel Fuentes tiene bien definido su concepto del vivir. A él le basta, para el mejor provecho, caminar de la mano de la luna y soñar estrellas en su luz de nácar. En cambio Milena García Balza escribe, un tanto arrepentida, cartas al amado ausente, deseosa de su retorno. Siente frágil el corazón y vuelve a ofrecerlo sin reservas.

Gabriel Solano Vidal, guajiro de pura cepa, responde al ancestro y le da prioridad al paisaje del terruño. Se

alegra del arribo del progreso a la patria chica del gran Almirante Padilla.

Roberto Segebre y Elmys Iglesias se muestran súbditos del amor. El primero acepta que lo único importante es vivir con amor, y, la segunda, le manda mensajes al amado para decirle que lo quiere y en su corazón desemboca a toda prisa un río de ternuras.

Fuad Muvdi Chahin vino de tierras lejanas, al igual que muchos de sus paisanos, quienes desde el siglo pasado hicieron de Colombia un nuevo y generoso sitio de residencia. A la edad de dos años lo trajeron de Palestina. Y en sus cantos no ha olvidado su tierra de dioses y sagradas escrituras. Uno de sus sonetos se lo dedica a Jerusalem, y su milagrosa inspiración le permitió admirar a María y a José arrullando a Jesús adormecido. Mar-yuris Mercado lo sigue en la inclinación mística, y habla, con propiedad desbordante, del color de los ojos del ángel que la guarda, y de los rizos que brillan como el oro.

Nuevos libros y revistas

Como una saludable reacción al predominio de la televisión, los Internet y los Nintendos, ahora como nunca la actividad libresca se muestra en esplendor. Cada día son más los libros que se escriben y publican, y muchas las casas editoras e imprentas que ofrecen a librerías y lectores el esfuerzo intelectual de novelistas, investigadores y críticos. Lo mismo sucede con revistas y órganos periódicos de divulgación de la labor creadora de profesores y ensayistas.

La semana pasada, precisamente, los directores de las casas editoras Plaza & Janés, de Grijalbo, Antillas y Mejoras, compartieron en la Sala Jorge Artel de la Universidad Simón Bolívar con sus directivos y catedráticos. La respuesta de los asistentes a la reunión fue estimulante para los editores. Docenas de títulos de autores nacionales y extranjeros fueron adquiridos.

Y próximamente en la Casa de la Cultura se ofrecerá una gran fiesta de homenaje al libro y serán presentadas nuevas obras y revistas. Así, de Gloria Gaitán, el primero de los tres tomos de *Bolívar tuvo un caballo blanco, mi papá un Buick*; de José Llinás Redondo, *De la corrupción*; de Pedro Obregón Roses, *¡Olga, cuánta falta me haces!*; de Antonio Luis González, *Aspectos teórico prácticos del tercero civilmente en el proceso penal*. Además, las revistas *Investigaciones y Psicogente*.

Gloria Gaitán siempre ha sido una apasionada, divulgadora y analista de la vida y obra de su padre, el caudillo, orador y jurista Jorge Eliécer Gaitán. Para el prologista de este importante estudio, el libro de la hija facilita la comprensión de la profundidad y originalidad de uno de los más destacados ideólogos de América Latina. Porque su lectura permite recordar que Gaitán contribuyó en el enriquecimiento de una ciencia positiva inmersa en la concepción orgánica de la moderna Epistemología, lo que representa un gran aporte, al lado de Gramsci y Franz Fanon, a la ideología moderna.

Mi paisano José Antonio Llinás Redondo enjuicia uno de los fenómenos que más afecta a Colombia, la corrupción. Yo acojo complacido esta obra por su contenido y por el autor. Ingeniero Civil de la Universidad de Cartagena, se desempeña actualmente como representante

a la Cámara. Siempre Isabel López, corregimiento apenas con un poco más de mil habitantes, se ha dado el lujo de contribuirle al país con profesionales destacados. Ministros, senadores, representantes, educadores, etc., recuerdan con orgullo su aldea de nacimiento e infancia. Y tal vez Isabel López cuenta con más bachilleres y profesionales, en proporción a sus habitantes, que cualquier otro corregimiento, pueblo o ciudad colombiana.

Pedro Obregón ya ha publicado dos libros. El primero son semblanzas sobre su hermano Alejandro, el famoso pintor. Y ahora describe, en prosa poética, el dolor por la ausencia de su esposa. Es un canto al ayer convivido y al hermoso entendimiento conyugal.

Antonio Luis González Navarro, abogado de la Universidad Simón Bolívar, camina con soltura por las páginas de su libro, por la autoridad que le proporciona su dedicación al estudio del tema. Vicente Orejarena Parra, docente de Criminalística y Procesal Penal, hace saber que la materia de este libro cobra vigencia en las lides penales, y de ahí la trascendencia del volumen que ha comenzado a circular. Estudio, como quiere el autor, sea en las universidades y despachos de sus colegas, motivo de uso y consulta libre, de donde los profesores y estudiantes extracten citas, reproduzcan pasajes, fotocopien páginas, etc. Porque para él, como buen

Bolivariano, y así lo pregonaba El Libertador, el libro es patrimonio de la humanidad, función que al cumplirse llena de orgullo al autor.

De las revistas mencionadas, Rafael Salcedo y Lucy Hernández, dos de los muchos pilares de esa familia ejemplar y laboriosa que dirige los destinos de la Editorial Mejoras, se han lucido en estos primeros números de *Investigación Bolivariana*, bajo la dirección de María de los Ángeles Pérez, Alfredo Correa, Hernán Saumett, Félix Consuegra y Reynaldo Mora; y de *Psicogente*, a cargo de Luisa Osorio, Francisco Vásquez y María Carlina Rosado.

La Urbanidad en nuestros días

Carlos Sánchez Montoya y Benjamín Ramírez, diligentes gerentes de la muy prestigiosa Casa Editorial Hispana, Plaza & Janés, quieren volver a imprimir el *Manual de Urbanidad y Buenas Maneras*, del educador venezolano Manuel Carreño.

En mis tiempos juveniles Carreño era familiar en escuelas y colegios. Entonces el compromiso del educador no se limitaba a la enseñanza, sino, además, a la formación del educando. Todas las mañanas, por ejemplo, los estudiantes formábamos filas para que un profesor revisara el aseo y la correcta presentación. No se trataba de exigencias, digamos por caso, en la calidad de los vestidos, sino, simplemente, en la limpieza.

De la misma manera, con fundamento en el respeto a los demás y a la comunidad en general, los maestros procuraban obtener de sus discípulos una respuesta

adecuada en el cumplimiento de deberes y modos de conducirse en los hogares, la calle, los establecimientos públicos y centros educativos.

Es cierto que el paso de los años trae nuevas costumbres y modas. Pero, en verdad, nada de eso puede tomarse como motivo para justificar la vulgaridad y la desfachatez.

Mis amigos impresores están molestos y sorprendidos. Barranquilla, Bogotá, Cartagena, Cali o Medellín, que en el ayer respondían a exigencias mínimas en el actuar de sus habitantes, ahora se muestran alejadas de sus antiguas usanzas.

En días pasados estaba almorzando en un restaurante de los que llaman de familia, con acondicionador de aire y atractiva presentación, y en una mesa vecina un señor en pantaloneta, camisilla y chancletas, compartía con otros. El mismo espectáculo lo observé en el restaurante especial, o de lujo, del aeropuerto: Allí otro personaje con vestimenta similar, mantenía los pies fuera de las chancletas, a manera de exhibición a los turistas.

Y podría pensarse que este tipo de conducta es importado, procedente de los Estados Unidos. Y no es así. Hace poco visité las ciudades de Miami, Orlando y Was-

hington, y pude apreciar en su gente compostura en el vestir y acatamiento y respeto por lo establecido. El doctor Leonello Marthe Zapata, acaba de regresar de un largo paseo por varios Estados del coloso del Norte y recuerda complacido el ambiente de las bibliotecas, museos y lugares públicos.

Lo triste del asunto, le comenta doña Anita a los amigos editores, es que en Venezuela, la tierra de Carreño, el modernismo conduce a sus paisanos por otras prácticas: Un mediodía amigos caraqueños de la Academia nos invitaron a almorzar y no encontramos ningún restaurante donde no estuviesen, especialmente las damas, fumando. Ese día tuvimos que contentarnos con unos sandwiches al aire libre.

En la Universidad Simón Bolívar la batalla es permanente. Casi todos los meses las paredes blancas de sus corredores, aulas y verjas se repintan pero siempre mantienen la huella de las suelas sucias. Jóvenes y viejos acostumbran, y esto es así en todas partes, al recostarse doblar una de sus piernas y colocar el zapato en la pared.

Algunas señoritas suelen exagerar en la muestra de ombligos, espaldas, barrigas y muslos. Y después se atreven a denunciar acosos, comenta con gracia el doctor Benjamín Ramírez, cuando son otros los acosados.

Ni en los templos se guarda compostura. Ahora se asiste a la Santa Misa con pantalones cortos, y en medio del silencio que obliga el ritual, los teléfonos celulares repican, y comienzan las conversaciones. Y qué decir del lenguaje de la televisión, con palabrejas que antes eran sancionadas por los mayores con enjuague de boca.

Según Carreño, la urbanidad era el conjunto de reglas que deben observarse para comunicar dignidad, decoro y elegancia a nuestras acciones y palabras.

Imaginar que en estos tiempos de rapidez y multitudes puedan practicarse las reglas anheladas por Carreño, no es lo que pretenden los doctores Sánchez Montoya, y Ramírez. Pero sí, por lo menos, que la lectura de su Manual permita hacerle saber al vecino que es un simple abuso el escándalo de su radio y parlantes; y a los ciudadanos en general, lo agradable del saludo oportuno, con unas buenas noches, buenas tardes, buenos días, o un adiós al pasar por el lado de otras personas. Como, también, hacer uso del olvidado "permiso", en los momentos necesarios.

Bienvenida, pues, esta edición popular de Plaza & Janés de la obra de don Manuel Antonio Carreño.

La juventud y el libro

Escribo esta nota repleto de satisfacciones. Antes había comentado el grato suceso de una venta especial de libros, que llamamos feria, en los predios de la Universidad Simón Bolívar. En dos días se vendieron cinco mil de autores colombianos y extranjeros.

Estimulados por el acontecimiento, el jueves de la semana pasada diez mil libros de los estudiantes y profesores bolivarianos se pusieron a disposición, con precios especiales. Y todos ellos fueron adquiridos esa misma tarde y al día siguiente, por miles de alegres compradores.

En la inauguración los autores estaban honrando con su presencia el feliz acontecimiento. Doña Meira Delmar, la primera poetisa de Colombia, sonrió complacida al ver que las decenas de ejemplares de sus libros publicados hasta ahora, se vendieron en pocos minutos. El

académico Elías Muvdi también gozó ante la acogida que tuvo el libro de su hijo Elías Antonio Muvdi. Y el jurista Ricardo Barrios Zuluaga, el profesor Adalberto Reales y Gustavo Raad atendían las solicitudes de los discípulos que querían sus autógrafos.

De varias ciudades del país llegaron amigos intelectuales a compartir beneplácitos. Desde la lejana Pasto vino el maestro Julián Sabogal Tamayo. De los doscientos ejemplares de su texto de *Economía Política*, no quedó ninguno. Alberto Mendoza Morales, Presidente de la Academia Colombiana de Geografía, departía con Pedro Obregón, Elberto González Rubio, Manuel Marthe y tantos otros asistentes.

En verdad todo era fiesta y alegría. Nadie deseaba hablar de cosa distinta de libros. El profesor Aquiles Escalante le hizo saber a los amigos que se acercaban a preguntar por los quebrantos de salud, que el momento solo era apropiado para festejar la ejemplar respuesta de la juventud. Lo mismo respondía la hermana del poeta y periodista José María del Castillo, allí presente, contento y recuperado de dolencias pasadas. Doña Teresita Manzano de Consuegra y el Decano doctor Eugenio Bolívar, brindaban con gaseosas por el éxito de la segunda feria, felices por el comportamiento de la muchachada y lo acertado del lugar escogido, amplio y acogedor.

Bueno, gracias al respaldo del Bienestar Universitario y de las casas editoras Plaza & Janés, Grijalbo y Antillas, una vez más quedó demostrado que el libro conserva su vigencia a pesar del atropello de los modernos sistemas de comunicación y distracciones.

Como si todo eso fuese poco, el sábado, doña Anita, la compañera de afanes e ilusiones, fue distinguida como la Ñera más Ñera.

Mientras atendíamos en Venezuela invitaciones académicas, generosos amigos barranquilleros hacían llamadas telefónicas y enviaban cartas a la emisora Onda Nueva, expresando respaldo a la postulación de doña Anita. Con ella fueron también galardonados Roberto De Castro, el padre Mackenzie, Vigilio Vizcaíno Zagarra y Milcíades Mejía.

Apadrinaron el acto el ex Ministro y ex Gobernador, doctor Antonio Abello Roca; la doctora Cecilia de Vigna, directora de Fe y Alegría; el periodista e intelectual Ramiro de la Espriella, y el ex Parlamentario, doctor Emilio Lébolo Castellano.

Jaime Jiménez, director del prestigioso programa cívico, dijo en su discurso: "Ser barranquillero, es decir,

Ñero, es eso y mucho más". Evoco con respeto el recuerdo de Adela de Char y Armando Zabaraín, los creadores de este regocijo cívico. Y saludo anteriores ganadores de la distinción: Doña Adelita de Char, Karl Parrish, Humberto Salcedo Collante, Eduardo Navarro, Beatriz de Carbonell, Vicente Noguera Carbonell, José Consuegra y Cherry de Lébolo.

Después de la ceremonia, los invitados degustaron la rica variedad de sabrosuras típicas barranquilleras y de la región costeña: Guarapo dulce de panela y limón, peto, arepa de huevo, empanadas de carne, bollos de yuca y limpio, arroz de lisa, chicharrones, queso blanco, enyucados, alegrías, cocadas, raspado y butifarras.

Y en el campo artístico, las danzas y grupos folclóricos bolivarianos deleitaron a los asistentes con un completo repertorio de la cultura popular caribeña.

Sobre Derecho Laboral

El economista Rafael Salcedo me obsequia varios libros impresos en su Editorial Mejoras. Entre ellos, *El Derecho Laboral y la Constitución de 1991*, del doctor Carlos Daniel Abello Roca. Esa misma tarde recibo la noticia del nuevo posgrado sobre Derecho del Trabajo que inaugura esta semana la Universidad Simón Bolívar.

Estos gratos acontecimientos me hacen regresar en el recuerdo y la rosada nostalgia a momentos de agradable insurgencia universitaria, matizada de esperanzas y avidez de conocimientos.

Llegué a las aulas de la Universidad Nacional, en Bogotá, en las horas de estreno de la Ley Sexta de 1945. Eran los tiempos del despertar proletario, la revolución en marcha y la movilización gaitanista. La reforma constitucional de 1936 había abierto las puertas a la justicia social. Hasta en su artículo 18, garantizó el dere-

cho a la huelga en las empresas privadas, distintas a las de servicio público.

El Derecho del Trabajo estaba de moda. Su estudio despertaba el interés de abogados, políticos, ideólogos, economistas y dirigentes sindicales. Yo tuve la fortuna de contar en la cátedra con brillantes divulgadores de los novedosos preceptos. Entre ellos, Adán Arriaga Andrade, el Ministro del Trabajo, cumplido y orgulloso de su labor docente; Carlos Rafael Robles, hijo del legendario general Robles y Miembro de la Corte Suprema de Justicia; Néstor Madrid Malo, poeta, escritor y jurista; Guillermo Hernández Rodríguez, Consejero de Estado, que en su materia de la Hacienda Pública, dedicaba un capítulo a la nueva Ley; Diego Luis Córdoba, siempre en tono oratorio, a la manera de sus intervenciones en el Congreso cuando se discutía el articulado; Gerardo Molina, que en las noches dejaba el escritorio de Rector para también explicarnos los alcances de las nuevas normas.

En fin, en las clases, los seminarios y reuniones extras de capacitación, buena parte del año cuarenta y cinco y todo el cuarenta y seis, el estudio de la Ley Sexta ocupó el lugar privilegiado en las lecturas y aprendizajes.

Y caso interesante e inesperado. En 1951, cuando

regresé a Barranquilla con el título de Economista en las manos, una mañana en el Paseo Bolívar encontré a mi profesor Néstor Madrid Malo, entonces Presidente del Tribunal Seccional del Trabajo.

El doctor Madrid Malo, casi sin consultarme su decisión, me llevó ante sus dos colegas magistrados, los doctores Ludovico Navarra, amigo de mi padre, y Francisco Bolívar, padre del ex Alcalde y reconocido penalista doctor Miguel Bolívar Acuña. De inmediato se reunieron y me eligieron Secretario General del Tribunal. Así, la primera experiencia de trabajo del economista, entonces uno de los tres titulados en el país, fue en el campo del Derecho Laboral.

La Ley Sexta, como es sabido, en su artículo 58 y siguientes, creó la jurisdicción especial del trabajo, con juzgados, tribunales y una Corte Suprema.

El día de los profesores, cuando compartíamos el almuerzo en el Club Alemán y los educadores Bolivarianos recibían el mensaje de gratitud del Alma Mater, el doctor Arturo Guzmán Coba, el catedrático del vestir impecable y la palabra autorizada, me hizo entrega de las *Memorias de un Profeta*, del doctor Carlos Daniel Abello Roca. Entonces le hice saber que con motivo de la lectura de *El Derecho Laboral* y la *Constitución de 1991*,

escribiría esta columna con reminiscencias doctrinarias de la Ley Sexta.

¡Oh, qué coincidencia feliz!, me respondió el doctor Guzmán Caba. Precisamente vengo de dictar una conferencia sobre ese tema. Porque, para mí, agregó el ilustre catedrático, la Ley Sexta y su Decreto Reglamentario, el 2127 del mismo año, son la médula de lo que hoy constituye la normatividad social del país. Esas dos normas instituyeron la jurisdicción especial del trabajo en Colombia.

Bueno, vuelvo al doctor Carlos Daniel Abello Roca para expresarle mi complacencia por sus dos recientes libros, frutos de la labor investigadora y de sus propias vivencias y contribuciones, entre ellas, como constituyente. *El Derecho Laboral y la Constitución de 1991*, es libro que invita a la controversia magistral. Ya intentaremos ese debate en próxima oportunidad.

Sorpresas contradictorias

Las sorpresas contradictorias parecen estar a la orden del día. Estos tiempos repletan la mochila de paradojas extrañas. Algunas de ellas, agradables; otras, desconcertantes. Precisamente, hace cinco años, bajo el influjo de la turbación, escribí el libro *Las Sorpresas del Tiempo*.

Pongamos por ejemplo la prosperidad presente en el campo de la publicación de libros y revistas. E incluso de sus ventas. En columnas pasadas traté el tema, al referirme con manifiesta complacencia a la nunca antes cantidad de libros y revistas que se editan en Barranquilla y en todo el país, y a la agradable respuesta de los estudiantes de la Universidad Simón Bolívar, al adquirir más de cinco mil libros en dos días en una venta especial. Este último acontecer nos ha estimulado a preparar una segunda Feria del Libro con una oferta de diez mil volúmenes.

Y lo interesante del acontecimiento es que se manifieste en momentos en que la televisión, las computadoras, el nintendo, el Internet, pretenden no dejarle espacio u oportunidad a la lectura y al razonamiento.

En el caso de las revistas en este venturoso mes de marzo la muy provechosa página "Culturales", de *El Heraldito*, informa a los lectores sobre las nuevas aportaciones que circulan en la ciudad. Entre ellas, *Polifonía*, del Departamento de Lenguas de la Universidad del Atlántico (dirigida por Gabriel Ferrer, Guillermo Tedio, Julio Escamilla, Ariel Castillo y Edmundo Ramos), y *Huellas*, de la Universidad del Norte, en número doble (49 y 50), bajo la dirección de su ilustre Rector, doctor Jesús Ferro Bayona, y con estudios de Adolfo Meisel, Matías Wesseler, Roberto González, Marta Bohórquez, César Mendoza, Weilder Guerra, Ever González, Gilberto Loaiza, Ariel Castillo, José Camacho, Pamela Flores y Daniel Angulo.

Y para rebosar la copa del alborozo, la doctora Luisa Osorio Villegas me entrega el avance de la revista *Psicogente*, órgano periodístico de la Facultad de Psicología.

En el primer número de *Psicogente* escriben profesores y estudiantes. Son artículos acerca del papel que le corresponde a la psicología en la universidad del

presente. Y también sobre la responsabilidad que le compete a la Universidad en el desarrollo económico y social de nuestros pueblos. Naturalmente, como bien lo explican sus autores (Francisco Vásquez, William Acosta, Víctor Ovalle, Pilar Goenaga, Juan Marín, Emilia Escobar, Yaneli Polo, José González, Nayide Miranda) el campo de acción de la enseñanza superior, debe ir acompañada –como así sucedió en el Japón y la Unión Soviética en este siglo– de significativas reformas agrarias y en las formas de manejo del capital y la actividad productiva. Porque poco provecho se saca de la expansión de los recursos profesionales, si los latifundios inexplorados, la ganadería extensiva, los monopolios manufactureros, el libre cambio neoliberal al servicio de los países dominantes, la violencia, la limitación consuntiva por la anormal distribución del ingreso, etc., niegan la oportunidad de ocuparlos y de servirse de sus conocimientos.

Pero permítaseme que siga mencionando ocurrencias que me obligan a compartir sonrisas y comentarios con amigos.

Siempre he sido un fiel amante de las brisas veraneras que suavizan la sofocación tropical. A mis amigos andinos suelo invitarlos en el período de diciembre a marzo para compartirlas. Pero este año han estado capricho-

sas. Apenas, y esporádicamente, han llegado en marzo. Y lo desconsolador del asunto es que según el pronóstico médico soy ahora alérgico a ellas, y son causa de mis perturbaciones nasales y auditivas.

Y como ejercicio complementario del tratamiento me aconsejan masticar chicle varias horas en el día. Esto, para mí, en vez de remedio, es un castigo: Me la paso regañando a familiares que gustan de esta costumbre. En las sesiones de grados suelo hacerle saber a algunos graduandos de los dos sexos, que ellos no son beisbolistas gringos ni rumiantes, para estar meneando bocas al recibir sus títulos profesionales.

Usiacurí y sus aguas medicinales

César Esmeral Barros, el médico y ex Ministro de Salud orgullo de mi corregimiento de Isabel López, tiene pasta de escritor.

Alguna vez leí que los escritores son aquellas personas entregadas de lleno al oficio: Cuando redactan un libro, solo piensan y hablan de lo que será su contenido. Pero, después, al acariciar un nuevo tema, se olvidan del anterior para dedicar sus afanes a la nueva creación.

Hasta hace poco el doctor Esmeral Barros aprovechaba toda oportunidad posible para ilustrar contertulios y amigos sobre los alcances de la Ley 100, y denunciar los atropellos de la privatización a la seguridad social. Su prologuista, el señor Eduardo Arévalo Burgos, puso de presente el coraje y la autoridad del autor, dada su experiencia como Ministro, Superintendente Nacio-

nal de Salud, Gerente de la Seccional del ISS en Cundinamarca y Presidente de Asmedas.

Ahora la cantaleta del doctor Esmeral Barros son las aguas milagrosas de Usiacurí. Por su cuenta y riesgo, apenas con el respaldo y simpatía de la Universidad Simón Bolívar, se ha dedicado a investigar las causas de su deterioro, para sentar hipótesis acerca de la necesidad e importancia de recuperarlas.

La lectura de las *Reflexiones sobre la Costa Caribe*, que es el título del estudio, me obliga a regresar a la niñez.

Entonces Usiacurí era el lugar obligado de turistas y enfermos de Colombia que llegaban allí en busca de alivio a sus dolencias. La tierra del cacique Curí, llamado con respeto por su gente y extraños “usía”, sínco-pa de usiría o vuestra señoría, como define el Diccionario, era para los interioranos y costeños lo que en nuestros días Cartagena o Santa Marta: Sitio ideal para el descanso y alivios.

Tanto era así, que la única carretera asfaltada que tenía el departamento del Atlántico, y tal vez la región costeña, era la que unía a Barranquilla con Usiacurí. Antes, mi bisabuelo, el ingeniero norteamericano Silvestre B. Higgins, había hecho el trazado inicial del

variados problemas que aquejan a la región costeña, pero, entre ellos, por la afinidad del ancestro y la vivencia del ayer, me entusiasma el de Usiacurí.

El médico e higienista condena al actual acueducto. Él piensa que el agua potable que necesita una población cada vez más en aumento, debe provenir del río Magdalena, o de una laguna cercana, para dejar en libertad a los pozos medicinales de volver por los fueros del pasado. Y en este proyecto de aprovechamiento del caudaloso río de la patria hay que involucrar también a las demás poblaciones del Atlántico que dependen de los pozos. Como él escribe con entusiasmo, canales de riego y tuberías de acueducto con aguas dulces del Magdalena, deben ser los objetivos del presente y del futuro del Atlántico y de la Costa.

El libro vive.

¡Viva el libro!

Hay momentos en la vida que prodigan beneplácitos y sirven para compensar sinsabores acumulados. El Día del Periodista estaba sentado en el frontispicio de la Catedral, con la arboleda del Parque de la Paz enfrente y banderas desplegadas que recibían homenajes. De pronto descubrí un cielo azul con nubes amaratas en suaves movimientos con una luna grande y brillante que coqueteaba asomándose de vez en cuando, como en un propósito de estimular expectativas.

Esa tarde descansé y supe sacar provecho al doble beneficio de la ocasión: Disfruté el atardecer y compartí con los periodistas la Santa Misa en honor de su gremio.

Y que sea válida la oportunidad para dejar constancia de admiración a los artífices de la información y el análisis crítico. El periodismo exige entrega y compromiso creador. Su responsabilidad ante la sociedad es

múltiple. Además de comunicar a los lectores la veracidad de lo acontecido, cumple el delicado papel de severo guardián de las buenas costumbres, la moral y el acatamiento a las normas legales. Cuando el periodismo responde a sus preceptos de cordura, temperancia y seriedad, merece cabalmente la consideración que se le asigna de cuarto poder.

Bueno, regreso al tema de las satisfacciones. La semana pasada la Universidad Simón Bolívar improvisó una feria del libro. Y qué grata sorpresa: En dos días los jóvenes estudiantes compraron cinco mil libros. El acontecimiento se convirtió en una auténtica fiesta. Nadie imaginaba que en vísperas de carnavales y en un medio atropellado por la televisión, los casetes y nintendos, la juventud universitaria respondiera con tanto entusiasmo a la oferta del libro. Pedro Obregón que estaba allí firmando dedicatorias del libro que escribió sobre su hermano Alejandro, exclamó: Esta multitud alborozada que compra libros es admirable. Y como suele siempre pensar en función de la Florida, agregó: Ni todas las librerías de Miami venden en un mes la cantidad de obras adquiridas acá en dieciséis horas.

En verdad reconfortaba el ánimo maltrecho de estos tiempos de violencia y dejadez, el ver salir de la feria a los muchachos con obras de autores colombianos y eu-

ropeos. Y todos los que se pusieron en venta se agotaron. Como *La Casa en el Aire*, de Rafael Escalona; *Antropología General*, de Aquiles Escalante; *Periodismo Idiomático*, de Luis Felipe Palencia Caratt; *El Clan de Mama Cola*, de Abel Ávila; *Cercanías*, de Santiago Alba; *Poesía para Armar*, de Tallulah Flores; *Flor de Cactus*, de Óscar Flórez Támara; *Poemario del Mundo Nuevo*, de Juan Zapata Olivella; *Pluma y Pincel*, de Gustavo Raad; *Cantos, Cuentos y otros Sueños y Acuarelas*, de Raad e Ignacio Consuegra; *Cartas desde la Trinchera*, de Leonello Marthe; *Reflexiones sobre el Periodismo*, de Otto Morales Benítez; *Cuando la Vida era una Fiesta*, de Edgar García Ochoa; *Diccionario de Economía*, de Salvador Osvaldo Brand; *Introducción a la Ciencia Económica Contemporánea*, de Oreste Popescu; *Ensayos sobre el Capitalismo y el Subdesarrollo*, de Isidro Parra-Peña; *Ensayos sobre la Dominación y la Desigualdad*, de D. F. Maza Zavala; *Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada*, de Pablo Neruda; *La Incorporación de América al Intercambio Mundial*, de Tomás E. Carrillo Batalla; *Historia del Pensamiento Colombiano*, de Julián Sabogal Tamayo; *Escalinata del Amor*, de Rafael Ortégón Páez; *En Serio y en Broma*, de Óscar Alarcón; *Palmar de Varela*, de Rubén Fontalvo; *Los Hijos Secretos de Bolívar*, de Antonio Cacua Prada; *Socio Investigación*, de Adalberto Reales; *Gaitán*, de Jorge Sierra Montoya, y muchos más.

En la columna anterior me quejaba de la moderna

adicción a los teléfonos celulares. Antes las manos se ocupaban para llevar un libro o una revista. Ahora para sostener esos aparatos mágicos. En buena hora el espectáculo mencionado fue distinto. Y el proverbio árabe se cumplió: “Un libro es un jardín que se lleva entre las manos”. Ya lo decía Soldevilla: “El libro y la literatura en general, son la puerta mejor y más fácil para evadirse de la vida cotidiana; es el viaje alrededor del mundo y alrededor del alma”.

Economía

El pensamiento costeño

Tanto el subdesarrollo como el centralismo facilitan los complejos. Las regiones dependientes suelen expresar excesiva admiración por lo extraño mientras limitan el reconocimiento de lo propio. Para el caso de la periferia, en relación al centro o al polo dominante, o manipulador de decisiones, el fenómeno se manifiesta en distintas formas del quehacer. Incluso, en el predio intelectual, donde el estudio y el conocimiento de hechos y causas podrían servir de escudo protector, también el fenómeno anida.

Muchos son, por ejemplo, los investigadores, periodistas, catedráticos, escritores, etc., que divulgan el pensamiento y razonar de los personajes residentes en el extranjero o en la capital de la República, y pocas veces reconocen la creación intelectual de sus coterráneos.

Naturalmente, las excepciones cumplen el delicado

Porque criticar, en la acepción oficial, es juzgar o rendir el concepto, fundamentándose en los principios políticos o en las reglas del arte. El hombre de talento, conceptuaba Montesquieu, está naturalmente inclinado a la crítica, porque ve más cosas que los otros y las ve mejor.

La vida y obra de Abel Ávila es sencillamente ejemplar. Con su esposa e hijos forman una familia productora. En la Editorial Antillas han impreso centenares de libros. Lo que quiere decir que el jefe de ese clan cumple una admirable doble misión: Resalta en sus diccionarios de escritores los autores de la región y estimula sus trabajos intelectuales a través de ediciones sencillas y pulcras.

Voltaire creía que la única recompensa que puede esperarse del cultivo de las letras y la investigación intelectual es el desdén si se fracasa y el odio si se triunfa.

Contrario a ese parecer pesimista, me atrevo a interpretar los sentimientos del pueblo costeño, para decirle al profesor Abel José Ávila Guzmán, que estamos agradecidos por su trabajo y orgullosos de sus resultados.

Los problemas económicos

Un amigo generoso me solicita que me ocupe en esta columna de temas económicos. En verdad últimamente escribo sobre literatura, folclor, historia, o las costumbres del ayer y de hoy. Y eso lo hago así porque pienso que en el pasado, y en mis libros, siempre trato de exponer interpretaciones teóricas distintas a las divulgadas por los voceros extranjeros de los países dominantes, que son tristemente, las que repiten los analistas criollos, o las que se acogen como instrumental estratégico de la política económica.

Y nunca como ahora, la dependencia ideológica se manifiesta tan expresiva. Con la sumisa acogida del modelo neoliberal, aperturista y globalizador, todo lo que se pregona y practica, responde a los lineamientos de los órganos financieros foráneos. Por cierto, la recepción de lo recomendado, es amplia y festiva, pues los agentes o funcionarios nacionales encargados de la

dirección y manejo de los órganos pertinentes (Ministerios de Hacienda y Desarrollo, Banco de la República, Planeación, etc.) se han educado en centros universitarios de las regiones desarrolladas (Estados Unidos, Inglaterra, Japón, etc.) donde aprendieron las teorías muy propias de su realidad económica y de sus conveniencias.

Hecho, por lo demás, nada novedoso. Bastaría recordar los inicios de la vida independiente, cuando los economistas formados en Inglaterra, nación entonces vocera del ideario librecambista, llegaron a pisotear el pensamiento y la orientación del Libertador Simón Bolívar.

Así mientras Bolívar fomentaba la estrategia defensiva, auténtica, e integradora, personajes formados en los centros de poder, al estilo de Florentino González, conspiraban y ridiculizaban las tácticas proteccionistas que facilitarían una actividad industrial y un provecho propio de los recursos naturales.

En 1848, Florentino González, como vocero del libre cambio solicita a los legisladores que no tuviesen en cuenta a los "industriales que en nada contribuyen al fomento de la economía nacional". Y agregaba: "Proteger los artefactos que la Europa y la América del Norte pueden enviar a precios baratísimos a todos los mer-

cados del mundo, sería un contrasentido imperdonable. Libertad para producir y cambiar, he aquí lo que el legislador debe conceder a todos, y dejar a la inteligencia y actividad del campo libre para obtener ventajas, que la poca habilidad y pereza pretenden conseguir con una protección onerosa para la sociedad entera". Y terminaba este ideólogo de la dependencia de hace siglo y medio, tan parecido a los del presente, exigiendo que nos dedicáramos únicamente a producir y exportar productos primarios agrícolas y recursos naturales.

Al amigo le respondo que si me dedico a escribir sobre intervencionismo, defensa de lo nuestro e interpretación teórica de la realidad que caracteriza el subdesarrollo en procura de una política distinta a la recomendada por los organismos dominadores, que con tanto entusiasmo acogen los responsables del gobierno, sería simplemente continuar arando en el desierto. Además, todo lo que puedo decir ya lo he dicho en libros, artículos y conferencias.

Dejemos, pues, el campo libre a los que repiten entusiasmados, los supuestos mágicos de las fuentes ocultas de la oferta y la demanda como determinantes de los precios, y facilitan el fomento de la especulación financiera con el dólar, la tasa de interés, etc., sin perturbaciones al mercado. Y naturalmente, la acogida sin

condiciones de la globalización, para sentir el orgullo de considerarnos en igualdad de condiciones de los poderosos.

Y, como si todo fuera poco, al decir del Chapulín Colorado, hoy viernes *El Heraldó*, transcribe el programa de reivindicación de la Costa (la región más pobre, abandonada, y de mayor número de analfabetas en Colombia) de nuestra máxima esperanza y vocero en las esferas oficiales. Nada más y nada menos se recomienda que nos dediquemos a aprender inglés. Y esto, precisamente, cuando los Estados Unidos, la mayor potencia económica del mundo y con docenas de millones de habitantes que hablan castellano, prohíbe en las escuelas la enseñanza bilingüe. Y, además, cuando tanta falta nos hace, al decir de los gramáticos Elías Muvdi y Luis Felipe Palencia, mejorar en la región el habla castellana que nos impusieron los conquistadores españoles. Bueno, con el inglés, se facilita, aún más, el dominio.

América Latina

Más sobre sorpresas contradictorias

En la columna anterior me ocupé de las sorpresas contradictorias que afectan mi sentir en estos días repletos de acontecimientos inesperados. Algunas de ellas, agradables; otras, perturbadoras.

Colombia guerra intestinamente desde hace medio siglo. Y en los últimos años el problema ha tomado proporciones gigantescas. Resulta difícil encontrar ciudadanos que no manifiesten su preocupación por los alcances del conflicto bélico. Y, también por eso, el clamor por la búsqueda de la paz recibe el respaldo del pueblo. Sin embargo, la respuesta del señor Presidente y de los distintos candidatos que aspiran a sucederle es, a mi parecer, desconcertante. Para ellos primero debe atenderse la culminación del debate electoral.

Ante la ventana que se abre a las posibilidades de los diálogos de paz todo en nuestro país es secundario.

Sea quien fuese el gobernante de turno, el patrocinio a la paz no debe interrumpirse. Y esta conducta de diálogo hay que extenderla a comisiones que preparen las debidas reformas constitucionales y económicas, en los campos agrarios, de defensa de la riqueza nacional, de protección a la actividad productiva y el trabajo, de actuaciones de capital, etc.

Tomas Hobbes hacía saber que la ley primera y fundamental de la naturaleza humana es buscar la paz. Por eso Benjamin Franklin, con la experiencia vivida, aceptaba que nunca ha habido una buena guerra ni una mala paz. Y siempre debe tenerse presente el razonar de Freem Clarke: “Un político piensa en las próximas elecciones; un estadista, en la próxima generación”.

Para mi baja presión arterial el galeno sugiere tres copas de brandy: una en la mañana, una al mediodía, y otra antes de la cena. Al enterarse de la receta, el doctor Rafael Bolaño, comentó: Estas son injusticias de la vida. Al maestro Consuegra, poco entusiasta con las espirituosas, le recomiendan añejos, Henessey o Napoleón, de los viñedos franceses. En cambio a don Manuel Figueroa, al profesor Aquiles Escalante y a mí, el doctor Juan Sánchez, médico de la Universidad, para las grietas comunes, nos pone a tomar jarabes y aspirinas.

En lo referente al fenómeno de El Niño, el asombro es copioso: Antes, cuando me desempeñaba como profesor visitante y conferencista en las universidades peruanas, doña Anita me enteraba de las simpáticas rivalidades entre limeños y arequipeños. Acá, en Arequipa, si llovió hace cuarenta y siete años; en cambio en Lima solo conocen la garúa, que es una simple neblina, comentaban los amigos. Y doña Anita se admiraba ante los majestuosos puentes limeños para las escasas corrientes del Rimac y de otros riachuelos inexistentes.

Y ahora tenemos que las lluvias arrasan los campos peruanos, y en Lima y otras ciudades los caudales derrumban los históricos puentes y las barriadas de casas construidas sin prevención de las aguas del cielo.

En lo que concierne a Barranquilla, la cuestión es de memoria ingrata. La imprevisión oficial ante el compromiso de acueductos y plantas eléctricas adecuadas, la culpa de las limitaciones, ¡quién lo creyera, a la orilla del río Magdalena! se le achaca a El Niño. Y pensar que esta ciudad nació por obra y gracia de una milagrosa sequía.

En su libro *Ciudades colombianas del Caribe*, Arturo de Castro, en 1942, recoge las versiones de historiadores anteriores: "...varios pastores de la vecina población de

Galapa, buscando reses descarriadas, llegaron a un sitio a orillas del río, donde encontraron las reses saciando la sed que las atormentaba, debido al fuerte verano que asolaba al territorio que es hoy departamento del Atlántico. Era tal la abundancia de aguas y de pastos en aquel lugar, que los pastores resolvieron radicarse allí. Llamaron al sitio Barrancas o Barranquillas de San Nicolás, por pertenecer a don Nicolás de Barros...". El eminente historiador don Ernesto Restrepo Tirado, en su obra *Historia de la Provincia de Santa Marta*, dice que en el año de 1627 fue elegido Obispo de Santa Marta monseñor Luis García de Miranda, y que al año siguiente, 1628, al iniciar su visita episcopal por el extenso territorio de su Diócesis, salió por los caños al Río Grande en viaje a Cartagena y visitó el caserío de Barrancas de San Nicolás, que contaba ya con 28 habitantes.

Sobre televisión

Me había reconciliado con la televisión. Algunos momentos de descanso los aprovechaba viendo el programa científico del Discovery Channel. Allí todo lo expuesto lo respalda la seriedad. El trabajo del hombre está recogido en documentos filmicos: La paciente labor del fotógrafo metido por años en la selva para filmar las costumbres y proceder de los animales salvajes. La exposición de las teorías sobre el origen del universo y del hombre. Los avances de la ciencia en distintas disciplinas del saber. En fin, todo lo que debe interesar a las personas comprometidas con el conocimiento y, muy especialmente, las que laboran en el campo de la enseñanza.

Contrario a lo anterior, anoche quedé sorprendido al encontrar en su lugar una nueva programadora de telenovelones, concursos insulsos, todo con características centralistas y apropiadas para la región Andina.

Como dicen los doctores Leonello Marthe Zapata y

César Esmeral Barros, nos tienen hasta la coronilla con tanto menosprecio de lo nuestro. Y por eso, agregan en aras de la costeadad, ante todo leemos nuestros periódicos, escuchamos nuestra radio y vemos nuestra televisión.

Bueno, concluimos los tres, estas son rabieta patrióticas, porque la mejor manera de propender por la unidad nacional, es superando las prácticas centralistas y excluyentes que facilitan el descontento y merman la credibilidad en la hermandad colombiana.

Pero volvemos al tema que nos acongoja, y juntos adelantaremos las diligencias pertinentes ante la empresa que facilita la oportunidad de encontrar en los canales de la televisión el magnífico programa que, sin permiso del televidente, fue cambiado por otro.

Y en materia de televisión en general, un intento de crítica sería para nunca acabar.

En estos días encontré en un periódico una caricatura que lo resume todo. Un niño, con la candidez propia de su edad, al escuchar tantas informaciones sobre la paz que se busca para el país, le pregunta a su padre: Entonces papi, si se consigue la paz, ¿en los noticieros no se hablará más de violencia?

Esa averiguación del infante es elocuente radiografía, no solo de los noticieros radiales y televisivos, sino de los medios de comunicación en general. Porque es este un triste acontecer universal.

Yo crecí en Barranquilla en el apogeo de la Segunda Guerra Mundial. Entonces la radio era la que dominaba. Y con mi padre y mi hermano escuchábamos todas las tardes y mediodías las noticias bélicas. Primero eran informaciones sobre los combates en Europa; después en Asia y los mares. Aún conservo el radio con varias bandas que heredé de mi padre y permitía escuchar las emisiones en castellano de estaciones de Berlín, Londres y Nueva York.

Apenas si hubo una pausa en los años 1945 a 1948. Porque entonces comenzó el holocausto colombiano que todavía nos ensombrece.

La guerra intestina y la violencia en general constituyen la materia prima favorita del mundo periodístico. Es raro escuchar en la televisión, oír en la radio o leer en los periódicos, noticias agradables que den a conocer acontecimientos científicos, artísticos, educativos. En fin, logros que permitan valorar la responsabilidad creadora del género humano y de la naturaleza. Solo los suplementos literarios y las páginas culturales y editoriales expresan excepciones.

En verdad se viven tiempos difíciles y, por desventura, acolitados por la exagerada difusión de lo sucedido, y por supuesto quehaceres de distracción, como son las telenovelas de odios y venganzas familiares, y las películas y seriados de violencia que nos envían de los Estados Unidos y Europa.

Pero, como todo no puede ser pesimismo, en estos momentos me visita el pintor maestro Édinson Roa, para darme la buena noticia que nuestro programa favorito de televisión puedo verlo en otro canal.

¡Gracias, Cartagena!

En una columna pasada hice mención del homenaje que en Caracas la intelectualidad venezolana le ofreció a la Revista *Desarrollo Indoamericano*, con motivo de la edición número 104, después de treinta y dos años de existencia. Y digo venezolana, porque allí, en el Palacio de las Academias, además de los académicos de la historia y de las ciencias económicas, estaban rectores y catedráticos de Maracaibo, San Juan de los Morros y otras ciudades del hermano país. Ahora el generoso tributo a la amistad fue en Cartagena, la urbe de ilustre prosapia que abrumba con su nobleza.

En una fiesta inolvidable la Universidad IAFIT entregó un hermoso pergamino. Y la Alcaldía Mayor la condecoración Pedro Romero. Las palabras del señor Rector doctor Carlos Tinoco y del Alcalde Encargado, doctor Jorge Carrillo, son para recordar siempre. Los centenares de personas que asistieron al solemne acto recibieron complacidas la edición 104, con el libro que le sirve de separata especial *El Aporte Latinoamericano al Desarrollo*

Filosófico del Pensamiento Económico, escrito por Salvador Brand y Julián Sabogal.

Desarrollo Indoamericano nació por encargo de los economistas de América Latina. En junio de 1965 los decanos y profesores de las facultades de ciencias económicas del continente se reunieron en México. Allí se aprobó una declaración de principios que expresó con énfasis y diafanidad: "La teoría del desarrollo formulada en los países industriales de Occidente, no explica satisfactoriamente los problemas del desarrollo latinoamericano, ni puede, en consecuencia, servir de base a una política capaz de atacar con éxito esos problemas... Los principales obstáculos que frenan y deforman el desarrollo económico latinoamericano son de carácter estructural, surgidos unos de la dependencia exterior: Financiera, comercial, tecnológica, política, etc., y otros de carácter interno, determinados por los sistemas de tenencia de la tierra, fiscal, financiero, etc. Los factores externos e internos se vinculan estrechamente entre sí".

Ante esa realidad también se aceptó que "era necesario redoblar los esfuerzos entre nosotros en el estudio de los problemas y fenómenos predominantes, con el objeto de elaborar una teoría del desarrollo económico latinoamericano, ajustada a la realidad de nuestros países".

En ese memorable encuentro se me encomendó editar una revista que sirviera de órgano de expresión del pensamiento independiente y auténtico de América Latina.

El estímulo entonces fue universal. Se recibieron mensajes de apoyo de todas partes. Por ejemplo, de Luis de las Casas, de la Universidad Nacional del Perú; Paul M. Sweezy, de la Universidad de Nueva York; Fernando Mateo, de la Universidad de Chile; Raúl Sierra, de la Universidad de Guatemala; André Gunder Frank, de la Universidad Autónoma de México; Donald Banhart, de la Universidad de San Francisco; Joao Lyra Filho, de la Universidad del Brasil; Óscar Loor, de la Universidad del Ecuador; Misael Pastrana Borrero, José Raimundo Sojo, Jaime Sanín Echeverry, Enrique Gómez Hurtado, Jorge Cárdenas Gutiérrez, Eduardo Wiesner, Roberto Carbonell, Carlos Lleras Restrepo, Augusto Franco, y muchos otros de Colombia.

Tanto en Caracas como en Cartagena, al agradecer las muestras de simpatía, hice saber que nunca como ahora, (de acogida a una ideología neoliberal, globalizadora y del llamado capitalismo salvaje), se hace necesario insistir en la búsqueda de nuestro propio camino, como lo soñaron los libertadores. Estas mismas palabras las repetiré en Bogotá, Cali, Manizales, Pereira y Pasto,

donde también quieren festejar las ciento cuatro ediciones de *Desarrollo Indoamericano*, que ahora circula con diez mil ejemplares en cada uno de los números editados en la Editorial Mejoras, de Barranquilla, bajo el patrocinio de la Universidad Simón Bolívar.

Cuba, el Papa y Fidel

La visita de Su Santidad Juan Pablo II a Cuba me hizo regresar, en el embrujo de los recuerdos, a las décadas de los años cuarenta, cincuenta y sesenta. Las dos primeras, de lecturas de Marx, Engels y sus intérpretes con Lenin a la cabeza. La tercera, de estudio de la realidad latinoamericana y de formulación de hipótesis socialistas valederas para su destino en el marco de su propio camino.

Entonces pensamos que más allá de la universalidad ideológica y el dogmatismo estratégico, a cada región y a cada pueblo le asistía el pleno derecho de formular sus principios revolucionarios; y sus realizaciones habrían de ajustarse a su patrimonio histórico, a su cultura y realidad concreta. Porque cada país, de acuerdo con su desarrollo económico, expresaba un sentir y adoptaba una orientación.

Precisamente, estos puntos de vista los expuse en la primera edición de mi libro *Apuntes de Economía Política*, capítulo sobre el comercio internacional, en lo referente a las pretensiones soviéticas en el campo de la especialización internacional del trabajo y los costos comparativos, argumentos propios del capitalismo, esbozados por los economistas clásicos, entre ellos David Ricardo y John Stuart Mill. En la segunda edición, publicada dos años después, en 1964, ya el Partido Comunista Chino había repudiado las pretensiones de su vecina y coideóloga nación, calificándolas de chovinismo de gran potencia.

Bueno, para el caso particular de la super estructura religiosa, imaginábamos entonces que en el socialismo latinoamericano el catolicismo podría acomodarse a sus fundamentos de rechazo del individualismo desenfrenado en el comportamiento social, de la moral dineraria, del apego al lucro particular, etc.

Porque el catolicismo se inició con una conducta eminentemente comunitaria, libre de los afanes materiales. Nunca un cristiano es un mercader o negociante, se pregonaba en el pasado. Y se condenaba la usura, o cobro de intereses en el uso del dinero ajeno. Además, en la vida conventual y otras agrupaciones solidarias, el trabajo, los rezos y consumos se adelantaban en común.

Por eso, según los historiadores, surge el protestantismo, para responder, con su tolerancia en esos menesteres, a los nuevos postulados y a la moral del capitalismo.

Es cierto, como lo hizo saber el presidente Fidel Castro, que en la conquista de las Américas la Iglesia estuvo compartiendo responsabilidades con los sanguinarios invasores en el más grande genocidio que ha conocido la humanidad. Pero la conducta de buena parte de sus sacerdotes en los gloriosos días de su Independencia, fue correcta, afortunada y patriótica, como también lo es en estos tiempos de injusticia social, hambre, expropiación extranjera de los recursos naturales y minerales, y concentración de la riqueza.

Nada, pues, tiene por qué sorprender a Cuba del jerrarca de la religión prevaleciente en la América Latina. Y, a propósito de la llegada al Aeropuerto José Martí el día 21 de enero, debo hacerle saber a mis lectores que el discurso del Sumo Pontífice pareció correcto y comedido. Más aún, de afirmación política democrática, al insinuar, primero, a sus sacerdotes que en asuntos de gobierno, es necesario respetar la voluntad popular; y, segundo, al valorar la importancia de un mundo abierto a Cuba y una Cuba abierta al mundo.

En cuanto a la erudita intervención del presidente

Castro, le comenté de inmediato a doña Anita, a quien tenía a mi lado delante del televisor: No le quitaría ni una sola palabra al enjuiciamiento histórico de la conquista militar y religiosa, entre otras cosas porque ese ha sido tema tratado en mis libros y en esta misma columna, pero no era el momento oportuno. No hay que olvidar que el Vaticano ostenta la condición de Estado, con embajadores, territorio independiente con guardia policial propia que resguarda a sus jerarcas. Y con los jefes de gobierno siempre es necesario un mínimo de tolerancia diplomática y agradable saludo de bienvenida.

Los discursos posteriores de Su Santidad fueron sencillamente acertados. Siempre América Latina recordará agradecida sus pronunciamientos sobre embargos comerciales prepotentes, condena al Neoliberalismo colonialista, a la injusticia social y a la inequitativa distribución de la riqueza. Y también, hay que decir complacido, los discursos de despedida de los dos ilustres mandatarios se ajustaron en plenitud a los anhelos de nuestros pueblos. Ojalá, en la Colombia católica, se pudiesen también programar en estos días de guerra y violencia la visita de Juan Pablo II, como mensajero y propiciador de la paz.

Academia

Presentación

Las sorpresas contradictorias parecen estar a la orden del día. Estos tiempos repletan la mochila de paradojas extrañas. Algunas de ellas, agradables; otras, desconcertantes. Precisamente, hace cinco años, bajo el influjo de la turbación, escribí el libro *Las Sorpresas del Tiempo*.

Pongamos por ejemplo la prosperidad presente en el campo de la publicación de libros y revistas. E incluso de sus ventas. En mi columna de los martes en *El Heraldo* traté el tema, al referirme con manifiesta complacencia a la nunca antes cantidad de libros y revistas que se editan en Barranquilla y en todo el país, y a la agradable respuesta de los estudiantes de la Universidad Simón Bolívar, al adquirir más de cinco mil libros en dos días en una venta especial. Ese último acontecer nos ha estimulado a preparar una segunda feria del libro con una oferta de diez mil volúmenes.

Y lo más interesante del acontecimiento es que se manifiesta en momentos en que la televisión, las com-

putadoras, el nintendo e Internet pretenden no dejar espacio u oportunidad a la lectura y el razonamiento.

En el caso de las revistas en este mes de marzo la muy provechosa página "Culturales" de *El Herald*o, informa a los lectores sobre las nuevas aportaciones que circulan en la ciudad. Entre ellas, *Polifonía*, del Departamento de Lenguas de la Universidad del Atlántico, dirigida por Gabriel Ferrer, Guillermo Tedio, Julio Escamilla, Ariel Castillo y Edmundo Ramos, y *Huellas* de la Universidad del Norte, en número doble (49 y 50) bajo la dirección de su ilustre Rector Jesús Ferro Bayona, y con estudios de Adolfo Meisel, Matías Wesseler, Roberto González, Marta Bohórquez, César Mendoza, Weilder Guerra, Ever González, Gilberto Loaiza, Ariel Castillo, José Camacho, Pamela Flores y Daniel Angulo.

Y para rebosar la copa del alborozo, la doctora Luisa Osorio Villegas me entrega el avance de la Revista *Psicogente*, órgano periodístico de la Facultad de Psicología.

En el primer número de *Psicogente*, escriben profesores y estudiantes. Son artículos sobre el papel que le corresponde a la Psicología en la Universidad del presente. Y también sobre la responsabilidad que le compete a la Universidad en el desarrollo económico y social de nuestros pueblos. Naturalmente, como bien lo ex-

plican sus autores (Francisco Vásquez, William Acosta, Víctor Ovalle, Pilar Goenaga, Juan Marín, Emilia Escobar, Yanelis Polo, José González, Nayibe Miranda) el campo de acción de la enseñanza superior, debe ir acompañada –como así sucedió en el Japón y la Unión Soviética en este siglo– de significativas reformas agrarias y en la forma del manejo del capital y la actividad productiva. Porque poco provecho se saca de la expansión de los recursos profesionales, si los latifundios inexplorados, la ganadería extensiva, los monopolios manufactureros, el libre cambio neoliberal al servicio de los países dominantes, la violencia, la limitación consuntiva por la anormal distribución del ingreso, etc., niegan la oportunidad de ocuparlos y de servirse de sus conocimientos.

Pero permítaseme que siga mencionando ocurrencias que me obligan a compartir sonrisas y comentarios con amigos.

Siempre he sido un fiel amante de las brisas veraniegas que suavizan la sofocación tropical. A mis amigos andinos suelo invitarlos en el período de diciembre a marzo para compartirlas. Pero este año han estado caprichosas. Apenas, y esporádicas, han llegado en marzo. Y lo desconsolador del asunto es que según el pronóstico médico soy ahora alérgico a ellas, y son causa de mis perturbaciones nasales y auditivas.

Y como ejercicio complementario del tratamiento me aconseja masticar chicle varias horas en el día. Esto, para mí, en vez de remedio, es un castigo: Me la paso regañando a familiares que gustan de esa costumbre. En las sesiones de grado suelo hacerle saber a algunos graduandos de los dos sexos, que ellos no son beisbolistas gringos ni rumiantes, para estar meneando bocas al recibir sus títulos profesionales.

Pero dejemos de contar más impresiones aparentemente contradictorias para dejar constancia del regocijo por la buena nueva del feliz nacimiento de *Psicogente*.

Bucaramanga, la bella e histórica

La Academia de Historia de Santander me prodigó la grata oportunidad, a manera de aguinaldo, de visitar a Bucaramanga, la renombrada ciudad que no conocía. En ceremonia presidida por los ilustres historiadores doctores Gustavo Galvis Arenas y Edmundo Gavassa Villamizar, y la presencia de los integrantes de la honorable Institución e invitados especiales, fui recibido como Miembro Correspondiente.

La Academia tiene como sede la Casa de Bolívar, hermosa mansión colonial, donde El Libertador vivió durante setenta días en los tiempos de la Convención de Ocaña, ahora convertida en valioso Museo, bien cuidado y enriquecido con objetos que testimonian un pasado grandioso.

Bucaramanga es reconocida por sus parques y calles limpias. Pero al lado de la belleza urbanística, ofrece

con orgullo al visitante sus museos y sitios históricos. Buena parte de los cuatro días que disfrutamos cobijados por su clima primaveral y el paisaje de los picos montañosos que la rodean, fue aprovechado por la delegación Bolivariana en los pasillos de sus centros culturales e históricos.

La delegación, integrada por los doctores César Esmeral Barros, Leonello Marthe y señora, Manuel Figueroa y señora, Porfirio Bayuelo de la Rosa y señora, Rafael Bolaño Movilla y señora y doña Anita Bolívar de Consuegra, desde las primeras horas de la mañana estaba con ánimo sonriente, dispuesta a recorrer lugares hasta las primeras horas de la noche. Y la admiración se daba a conocer a través de los comentarios elogiosos.

Y no es solo Bucaramanga la digna del regocijo. También las ciudadelas que la rodean, y que forman parte del área metropolitana, facilitaban la admiración y el regocijo. A mí, por ejemplo, Girón me condujo al recuerdo de Popayán, la urbe blanca de infinitas complacencias en los años que regenté la cátedra en la Universidad del Cauca. Girón conserva, con amor al pasado, las calles empedradas y las casas tal como se construyeron hace tres y cuatro siglos. La Iglesia principal, con la categoría papal de Basílica, es un palacio religioso, similar a un arco iris en la variedad de los colores. Por

cierto, y como hecho poco común, en su decoración el rojo predomina, detalle que aprovechó el doctor Marthe, erudito en templos religiosos, para considerarla muy singular.

En Floridablanca degustamos las obleas cubiertas con gruesas capas de arequipe. Allí las señoras saciaron apetitos. Y en Piedecuesta recorrimos su plaza mayor, después de embelesarnos, en la carretera, al contemplar las figuras humanas que se forman en las laderas erosionadas de los cerros.

La pulcritud física de Bucaramanga es fruto de la conducta oficial y privada. Sus autoridades responden a las responsabilidades de sus cargos, y sus habitantes expresan ejemplar civismo. Es algo así como la Barranquilla de nuestra juventud, entonces apreciada por el espíritu cívico de su gente.

Los barrios de Bucaramanga están libres de casetas de vendedores ambulantes. Cuentan con varios "Sanandresitos", y en todos ellos se aprecia el orden, la urbanidad de los comerciantes y la amplitud en sus pasadizos y locales. No hay niños desamparados, ni abundancia de mendigos. Y a pesar de que los violentos merodean las montañas de los alrededores, los desplazados parece que emigran a otras partes. Porque en los diferentes paseos por sus barriadas no vimos tugurios.

En los campos de la cultura y de la universidad, también Bucaramanga se manifiesta con esplendor. A los centros de educación superior donde llegamos nos recibieron con muestras de cordialidad. En la Universidad Cooperativa de Colombia, Ucc, fuimos objeto de homenajes académicos. Su Rectora encargada, doctora Myriam Carrillo Bautista, su Decano de la Facultad de Derecho, doctor Jaime Gutiérrez Rivero, y directivos y profesores, brindaron una copa de vino por la hermandad universitaria, y nos colocaron en la solapa el escudo de su Alma Mater.

La visita a Bucaramanga y a su ilustre Academia de Historia, puedo resumir, fue sencillamente reconfortable. Hombres de intelecto entregados a la veneración de su glorioso pasado, y todos los residentes de la ciudad, al servicio de su cuidado y progreso.

El ejemplo de la juventud

Cincuenta años de mi vida los he dedicado a la enseñanza y educación. Se suele hacer diferencias en estos dos honrosos compromisos. En la cátedra, por ejemplo, se enseña. Vale decir, se transmiten conocimientos, se instruye. En cambio, a la tarea educativa se reasigna más responsabilidad en la búsqueda de la formación del educando, al dirigirlo y doctrinarlo por medio de preceptos que respondan a las conveniencias de la comunidad en general.

Es verdad que mis inquietudes de intentos creadores han sido múltiples: periodista, político, escritor, funcionario público (en el campo de la planeación económica), etc., pero en ningún momento me he separado de la docencia. Por cierto, en distintas universidades de América Latina, Europa y Asia, ya como profesor o conferencista. Digamos por caso, en Colombia, en las Universidades del Atlántico, Cartagena, Cauca, Nacional, Li-

bre, Jorge Tadeo Lozano, Gran Colombia, Simón Bolívar, América, Incca y Externado.

Sobre el oficio de la educación mucho se ha opinado. Algunos lo enmarcan en los predios del sacrificio. Otros lo elevan a la categoría de apostolado, repleto siempre de la satisfacción de responder a la misión confiada.

La educación, conceptuaba Saint-Simon, es una segunda existencia dada al hombre; es la vida moral, tan apreciable como la vida física. Y nuestro gran Libertador Simón Bolívar, cuando proclamaba el derecho a la educación, alzaba la voz para decir: “Un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción. Nada puede interesarme más que la propagación de la ciencia”.

De las muchas recompensas que me ha prodigado la profesión, la semana pasada compartí con doña Anita y los directivos de la Universidad Simón Bolívar, el inesperado regalo, de dos días de festejo a la ciencia, la técnica y la cultura.

La juventud estudiosa, en derroche de la alegría, participación y esfuerzo creador, emulaba en las aulas de sus facultades, exhibiendo el fruto de lo aprendido.

Conferencias, mesas redondas, recitales, muestrarios

de trabajos, concursos sobre ensayos, exposiciones y ventas de libros. Y todo eso con la feliz respuesta de concurrencias masivas.

La conducta de la juventud en estos momentos difíciles que soporta el país, es un hecho que permite acariciar esperanzas. En este caso concreto del "Encuentro de Directivos, Docentes y Estudiantes para la Promoción de la Ciencia, la Tecnología y la Cultura", que con tan buenos resultados organizó el Instituto de Investigaciones, reconforta y anima.

Los educadores podemos ufarnos del privilegiado papel que nos corresponde. Pero no podemos ignorar que los educandos retribuyen. Yo me siento gratificado con el actuar correcto de la juventud estudiosa.

Todo joven, escribió A. de Chesnel, es como una planta naciente que promete algún fruto, y por eso es un deber brindarle apoyo. Nos identificamos con sus triunfos y gozamos al recordar que en algo se lo procuramos.

Nunca como ahora el comportamiento de la juventud es tan apreciable. Porque la juventud, ya se ha dicho, mira hacia adelante, y la vejez a lo pasado. Por eso y con mucha razón, Hebbel, acertaba: "A menudo se echa en

cara a la juventud el creer que el mundo empieza con ella". Ciertamente. Pero la vejez cree aún más a menudo que el mundo acaba con ella. ¿Qué es peor?".

Gracias juventud Bolivariana, por la fiesta en honor a la cultura y la ciencia.

IAFIC y Cartagena

Recibo llamadas telefónicas de los amigos residentes en Bogotá. Y les hago saber que acabo de regresar de Cartagena. Y todos comentan lo mismo: ¡Qué envidia! Y, en verdad, ¡tienen razón! Estar en Cartagena es, simplemente, disfrutar de la orilla rosada de la vida. Nada igual a recorrer en coche, desde las seis de la tarde, sus calles saturadas de mar y de historia.

Esta vez invertimos lo acostumbrado. El paseo lo comenzamos al pie de las murallas por la Avenida del Mar. En todo el recorrido, hasta llegar al límite, el ocaso se tiñe de rojo. A medida que el sol se pierde en un horizonte que comparte el azul del cielo y las nubecillas blancas, los arreboles dominan el paisaje. De regreso, por los predios de la bahía ya las luces lejanas adornan el anochecer. Allí están las de los barcos y las de Tierra-bomba. Y más allá, la clara iluminación de San Felipe, que obliga a recordar la fuerza de su historia.

Al entrar a la ciudad amurallada el cochero inicia